

MANUEL ANTONIO LÓPEZ



CAMPAÑA DEL PERÚ



COLECCIÓN BICENTENARIO DE AYACUCHO

Retrato de Sucre, acrílico sobre tela.
Edgar Álvarez Estrada, (2008). Colección PDVSA.

Campaña del Perú

Manuel Antonio López

La batalla de Ayacucho culmina la Campaña del Sur, concebida por el genio del Libertador Simón Bolívar para expulsar definitivamente de la América meridional al Imperio español, y con ello completar y consolidar la unidad de Nuestra América en la gran nación colombiana que había fundado en Angostura tres años antes.

Bolívar encomendó la ejecución de aquella batalla al general Antonio José de Sucre de quien tenía la mejor opinión:

“Sucre es caballero en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico, capaz de las más altas concepciones; es el mejor general de la República y el primer hombre de Estado”.

De tal manera que, al conmemorar Ayacucho, rendimos homenaje a ese grande hombre que Bolívar tenía como su sucesor. Indiscutiblemente con Sucre y Ayacucho celebramos, con toda nuestra fuerza y voluntad unitaria, al Ejército Libertador de Venezuela y de la patria unida nuestroamericana.

Recordamos con esta Colección Bicentenario de Ayacucho aquel momento cumbre de nuestra libertad y vocación antiimperialista en las diversas visiones de los autores de las obras que aquí editamos.

Doscientos años de Ayacucho, acontecimiento que cambió radicalmente la conformación geopolítica del mundo. Hoy, en plena transformación del sistema hegemónico mundial unipolar, el recuerdo de aquella gesta liberadora y su horizonte unitario suramericano nos muestra la vigencia de la necesaria unidad de nuestros pueblos y naciones para concretar aquel concepto bolivariano del “equilibrio del mundo”.

No se trata de celebrar una efeméride más de nuestro pasado glorioso; se trata de afirmar la conciencia histórica que nos urge a mantener la lucha por nuestra soberanía y por la unidad de Nuestra América en este cambio de era.

Tal como lo ha afirmado nuestro presidente Nicolás Maduro Moros:

“Hoy el mundo se mueve en un gran cambio civilizatorio. Hay un gran cambio de la geopolítica y de la civilización humana. Surge un nuevo mundo, mundo pluripolar, multicéntrico, nuevas potencias emergentes, que traen el aliento de siglos, hasta de milenios ya en su fuerza creadora”.

De allí la necesidad y urgencia de que:

“Podamos tener la fuerza, la capacidad, la voluntad, la independencia política para pasar de una poderosa Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños a una Confederación de pueblos, de Estados, de gobiernos de América Latina y el Caribe”.

Este es el horizonte unitario que el Libertador Bolívar fundó, que el comandante Chávez retomó y que el presidente Maduro se empeña en consolidar.

Tener presente a Ayacucho en estas obras de la Colección Bicentenario de Ayacucho no es una mirada diversa del pasado, sino un recordatorio de los retos y desafíos que tiene por delante América Latina y el Caribe en este cambio civilizatorio que vivimos. Es recordar la urgencia de la unidad de Nuestra América.

COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA LA CONMEMORACIÓN
DEL BICENTENARIO

DELCY RODRÍGUEZ
Vicepresidenta Ejecutiva

M/G FÉLIX OSORIO
Secretario de la Comisión

ERNESTO VILLEGAS
Ministro del Poder Popular para la Cultura

RAÚL CAZAL
Presidente del Centro Nacional del Libro

ALEJANDRO LÓPEZ
Presidente del Centro de Estudios Simón Bolívar

Campaña del Perú

Manuel Antonio López



COLECCIÓN BICENTENARIO DE AYACUCHO

CAMPAÑA DEL PERÚ

por el Ejército Unido Libertador
de
Colombia, Perú, Buenos Aires y Chile
a las órdenes del
INMORTAL BOLÍVAR
en los años de 1823, 24 y 25

Con mapas de los campos de batalla que dieron
libertad a aquella república y aseguraron la
independencia del Nuevo Mundo

Por Manuel Antonio López
Ayudante del Estado Mayor General Libertador

Índice

¡AL LECTOR!	15
EL AUTOR	17
CAMPAÑA DEL PERÚ. PARA LA HISTORIA	19
PROCLAMAS DEL LIBERTADOR	71

¡Al lector!

Hoy, 4 de junio de 1946, a los ciento dieciséis años de asesinado el Gran Mariscal de Ayacucho, reproducimos literalmente esta obra, escrita el año de 1843 por el coronel Manuel Antonio López, oficial de Estado Mayor del Libertador.

El original, quizás el último que se tiene a mano, había permanecido ignorado. Escritores y lectores contemporáneos, y aún muchos de la generación anterior, no han visto ni vieron sus páginas llenas de episodios y detalles interesantes.

Las tropas argentinas y chilenas formando en el ejército del Perú, a las órdenes de Bolívar.

Las escuadras chilena y neogranadina actuando en el Pacífico. Los bravos del Perú. La veteranía del general La Mar. Los valiosos jefes argentinos y chilenos: Necochea, Alvarado, Blanco Encalada, Aldunate. La traición de Moyano. El sargento asesino. Las jaranas nocturnas de Córdova. Las educandas y el Libertador. Movimientos, marchas, acciones y cargas de la infantería y caballería patriota.

¡JUNÍN! ¡Cuerpo a cuerpo. Sables y lanzas deslumbrantes. Las heridas de Necochea. Un solo pistoletazo! El ejército unido.

¡Matará! ¡Ayacucho! ¡La capitulación del virrey y de sus mariscales!

Aparece este libro como homenaje del estado Carabobo, por voluntad de uno de sus hijos, a la blanca memoria del Mejor Oficial del Ejército, quien murió sonriendo a los balazos traidores de los oscuros y libertos liberales pastusos: José María Obando, Zarria, José Eraso y Apolinar Morillo.

Coincide la publicidad de esta vieja y olvidada joya histórica con el desagravio público que hace hoy el liberalismo colombiano, al erigir en la montaña de Berruecos ¡un monumento a Sucre!

“La justicia tarda pero llega”, y en esta elocuente ocasión, los treinta gramos del plomo homicida se han transmutado por designios del

Arcano, en una estatua de bronce, en similar contraste con aquellos treinta denarios bíblicos que se agigantaron en la conciencia de Judas ¡¡hasta tropezar con la horca!! ¡Estaba escrito que fueran los mismos liberales quienes desagraviaran a Sucre! ¡El Gran Mariscal fue asesinado en 1830! ¡Los liberales fueron al poder en 1930! El Dr. Eduardo Santos, expresidente liberal y exjefe liberal ha llevado el singular monumento a la negra montaña del sur, ensangrentada, ¡como queriendo restañar la otra herida, latente, que le hiciera a la montaña del norte!

Cumplido el designio histórico cayeron, con la mueca amarilla del espanto y fueron inhumados, por inevitable consigna, de su testamento político, muy lejos, allá, cabe los viejos cedros del Líbano, ¡¡bajo piedras lapidarias de las turbas!!

¡Ah, Santander! ¡Ah, Obando! ¡Ah, Santos! ¡Ah, López! ¡Ah, pacto de la sombra! ¡Ni la sagrada enseña de Miranda, ni el amor tutelar de Bolívar, ni los laureles de Ayacucho, ni el Magno Templo del Rosario, ni el río de oro, sangre y fuego de los libertadores, ni la amistad, ni la libertad, ni aun la historia, detuvieron las manos fraticidas, la codicia y la defección a los liberales de mala fe!

¡Oh, patria! ¡Oh, pueblo! ¡Oh, glorias! ¡Oh, soberanía! ¡Oh, justicia! ¡Volved a tus ámbitos íntegros! Que regrese la planta agresiva! ¡Oíd la voz de la historia! Ya has visto desde el umbral de tu heredad providente en la última gestación vindicadora de ambos pueblos, ¡¡el desfile de las exequias políticas de Esaú y de Caín!!

ALONZO GIL

El autor

A los dieciocho años de trascurso, mis recuerdos... ¡Ah!, sí, mis recuerdos y el vivo interés de un extranjero amante de la libertad, me han estimulado a tomar la pluma para transmitir a la posteridad algunos hechos que conservo en mi memoria. El tiempo ha discurrido como un sueño; pero en mi imaginación está representado el cuadro de unos acontecimientos que forman la parte más importante de mi juventud. Hijo de la revolución, alimentado con las máximas del siglo, mi educación fue militar; en cuya carrera casi desde mi infancia y sin otro maestro que la experiencia, fortifiqué mis sentimientos. Sin otros principios me arrojé en una nueva, no como escritor, sino como testigo fiel de los acontecimientos a que me refiero.

Al publicar esta obra, que carece de los documentos oficiales a que necesariamente debo referirme, me sobrecoge el temor de que muchos de mis conciudadanos la considerarán con poco mérito; pero me lleno de satisfacción y de confianza cuando vuelvo la vista al continente americano y me convenzo de que en cada uno de los ángulos de las repúblicas de Buenos Aires, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Nueva Granada, Venezuela y aun México existen centenares de individuos que, como yo, han sido testigos de dos hechos a que me refiero: ellos pueden desmentirme, pues con este objeto escribo antes que desaparezcan de la sociedad.

MANUEL ANTONIO LÓPEZ

Campaña del Perú. Para la historia

Concluida la campaña del Ecuador en Colombia el año de 1822, el Libertador solicitó permiso del Gobierno para marchar al Perú con el ejército.

La más grande de sus creaciones, la República de Colombia¹, existía ya, inscrita en el catálogo de las naciones por los esfuerzos portentosos de su genio. Pero no era esta la misión que el destino del género humano había confiado a Bolívar; era la independencia completa, absoluta e irrevocable del continente americano. Este era el pensamiento íntimo de Bolívar, este era su destino. Desde la infancia de la guerra de la Independencia, en los campos sangrientos de Venezuela, nuestro grito de guerra era ¡Viva la América libre! Desde las selvas más remotas de Venezuela y en medio de los más grandes reveses, Bolívar, dominando todos los sucesos, las glorias y las adversidades, superior a cuanto pudiera estrechar el horizonte de sus vastas miras, pensaba y trabajaba por la libertad del Perú como de México, de Guatemala como de Buenos Aires. “Cubierta de luto Venezuela —decía Bolívar a los argentinos en el año octavo—, ella os ofrece su hermandad, para cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanen su suelo”.

Además, Colombia no podía gozar la libertad e independencia que había conquistado; veinte mil soldados españoles sostenían las conquistas de Pizarro al Sur de nuestras fronteras y parecía decretado por el cielo que los bravos vencedores, que fijaron sobre las bocas del Orinoco el iris de la libertad, hubiesen de conducirlo en triunfo hasta el Potosí.

Grandes razones de conveniencia para Colombia se interesaron en esta campaña; ellas fueron consideradas detenidamente, y a fines del mismo año ya había en la capital del Perú una división patriota a las

1 Entonces la Gran Colombia, cuyo origen, creación y libertad se debe a Venezuela.

órdenes del general Juan Paz del Castillo. Allí se unió a ella el Batallón Antiguo de Numancia, que habiéndose pasado de los españoles al general San Martín el año de 1820, y constando de colombianos en su mayor parte, solicitó su incorporación al ejército de su patria. El Gobierno del Perú no se opuso a esta solicitud, pero los generales de su ejército y algunos jefes y oficiales no dejaron de sentir la separación de un cuerpo, que ocupaba el primer lugar entre sus tropas y bien fuese por resentimiento o por emulación, se suscitaron celos contra los auxiliares.

El Gobierno del Perú reclamó entonces el valor del armamento, fornituras y equipo que había suministrado al Batallón Numancia, y con este motivo quiso retener en cajas el haber devengado de la división. El general Castillo, en consecuencia de esto, le dirigió varias comunicaciones oficiales al Ministerio de Guerra; la cuestión se agitó hasta el extremo de no poderse acordar en punto alguno y el general resolvió regresar a su patria con la división y pidió buques de transporte para sus tropas; no dejaron de oponerse algunos obstáculos para concederlos; mas al fin se consiguieron y en enero del año de 1823, zarpó del Callao con dirección a Guayaquil, a donde arribó a principios de febrero.

El Libertador se encontraba a la sazón en Quito, donde recibió la noticia del regreso de la división. Inmediatamente se dirigió a Guayaquil con el objeto de llevar adelante la libertad del Perú.

Aunque el regreso de las tropas no se le reprobó al general Castillo, esta medida no estaba en armonía con los principios del Gobierno de Colombia, ni con los deseos del Libertador. El Gobierno estaba convencido de la utilidad y necesidad de auxiliar al Perú y se disponía a concederle permiso al Libertador, para que marchase en persona con el resto del ejército, para lo cual se habían expedido las órdenes convenientes y estaban en marcha diferentes cuerpos de tropa, que debían embarcarse en Guayaquil y Panamá.

Reunidos con este motivo en Guayaquil algunos cuerpos, se organizó la primera división del ejército auxiliar; se dio el nombre de Voltígeros al Batallón Numancia, colocándolo entre los cuerpos de la guardia nacional. Se le confió el mando de las tropas que debían ir al Perú al general Sucre, quien se embarcó con ellas para el Callao en el mes de mayo, quedando el general Castillo de intendente en Guayaquil y el Libertador

dando disposiciones para organizar y reformar otros cuerpos, que hicieron después parte del ejército auxiliar.

El gobierno del Perú, que en aquellos momentos no contaba más que con el departamento de la capital, el de Trujillo, el de Huamachuco y parte del Huánuco, y con un ejército impotente para resistir a los españoles, se encontraba combatido por elementos contrarios: la defección más espantosa levantó el estandarte de la rebelión en el seno mismo de la suprema administración, haciéndose extensiva hasta los últimos cuerpos de su ejército.

El presidente Riva Agüero se puso a la cabeza de la insurrección, replegó al departamento de Trujillo y tomando el mando de las tropas que se hallaban en él, intentó oponerse a las disposiciones del cuerpo legislativo de la nación que estaba reunido. El general Santa Cruz, que con una división de cerca de seis mil hombres escogidos había marchado por mar sobre el Alto Perú, entró también en los planes del presidente Riva Agüero. Desconoció la autoridad de los representantes del pueblo y contrariando las disposiciones superiores que se le comunicaron, se creyó capaz por sí solo de destruir a los enemigos de la independencia. Enorgullecido con un pequeño triunfo adquirido en Zepita, continuó sus movimientos sobre el interior del país; se negó a ponerse de acuerdo con el general Sucre, que siguiendo sus huellas había marchado con una división para Arequipa, y frustrando los planes de una combinación militar para rescatar aquellos pueblos de sus opresores pagó bien caro en Torata su temeridad. Sin comprometer una batalla, perdió la división en una retirada antimilitar, ejecutada al frente de un enemigo superior en número, que supo aprovecharse de su impericia y se vio forzado a reembarcarse con los últimos restos en los puertos intermedios, con el objeto de venir a unirse con Riva Agüero en Trujillo.

El Congreso del Perú, en medio de esta defección escandalosa, apoyado por las tropas auxiliares de Colombia, Buenos Aires y Chile, dando a su autoridad un impulso casi superior a sus fuerzas, declaró faccioso al presidente Riva Agüero, nombró presidente de la República al marqués de Torre Tagle y llamó con interés al general Bolívar, que aún se hallaba en Guayaquil.

Entre tanto, los españoles ocupaban la mayor parte del territorio, su ejército no bajaba de catorce mil hombres veteranos, repartidos en diferentes puntos, y cada día se aumentaba con reclutamientos y conscripciones, aprovechándose de los disturbios del Gobierno peruano y su impotencia para disciplinar tropas.

Esta era la situación de aquella república, cuando en el mes de septiembre se presentó el Libertador en la capital llevando consigo algunas fuerzas. A su llegada fue nombrado general en jefe del ejército unido y solo encontró en Lima dos batallones de infantería de Buenos Aires y un escuadrón de la guardia peruana, porque el resto del ejército se hallaba insurrecto con Riva Agüero.

El Libertador, que estaba acostumbrado a forzar la naturaleza de las cosas humanas, quiso antes que nada sofocar la insurrección del expresidente Riva Agüero, y en noviembre se puso en marcha para el departamento de Trujillo, abriendo una campaña para someterlo por la fuerza a la obediencia del Gobierno.

El general Sucre, que con su división había regresado de Arequipa y se hallaba estacionado en Pisco, tuvo orden de replegar a la costa del norte y en el pueblo y puerto de Barrancas desembarcó con ella, viéndose a la otra división que se encontraba en marcha. Tan solo el N.º 1 —batallón que se formó de los restos que escaparon de la división del general Santa Cruz, que a las órdenes de su comandante, el coronel Francisco de Paula Otero, se le unió al general Sucre en la costa— y el N.º 3, en cuadro, que salió de Lima del ejército del Perú, nos acompañaron en esta campaña.

En el pueblo de Pativilca permaneció el ejército unos pocos días mientras se hacían todos los arreglos necesarios, y con la precisión más grande se puso en movimiento atravesando la cordillera de los Andes, superando el inconveniente de no tomar agua ni mojarse en dos días de marcha, para evitar el contagio de la verruga, enfermedad que indispensablemente sufre todo individuo que toma agua o se moja en los ríos o quebradas de aquella parte del territorio, y de la cual no están exentos los animales, ni aun los cuervos.

La mayor parte de las tropas insurrectas estaban situadas en la provincia de Huaraz, en la sierra, a las órdenes del coronel Silva, quien informado de nuestro movimiento se puso en retirada sobre Cajamarca².

El Libertador, cuyas miras fueron siempre las de someter aquellas tropas a la obediencia del Gobierno antes que destruirlas, tocó todos los medios que le aconsejó la prudencia y desde el pueblo de Corongo se me encargó la comisión de alcanzar al coronel Silva con su división y ofrecerle un indulto y garantías, interesándole muchas consideraciones en favor de su patria, a que no podía ser indiferente. Se me dieron instrucciones y partí inmediatamente para Huamachuco donde debía encontrarlo.

En el día que llegué a esta ciudad, la división insurrecta, espantada de su sombra, se había disuelto por su propia voluntad. Dos cuerpos de infantería continuaban su retirada sobre Cajamarca y alguna caballería pernoctaba aquella noche en Cajabamba, donde la alcancé a las dos de la mañana. Es imposible expresar el desorden que reinaba entre aquella gente. El día antes se había repartido entre los jefes y oficiales y algunos individuos de tropa, el dinero que llevaba la comisaría y abandonados a discreción, cada soldado disponía libremente de su voluntad.

Ciñéndome a las instrucciones que llevaba y de acuerdo con los deseos del Libertador, convoqué en el momento a los jefes y oficiales que encontré allí; les hablé con todo el interés de que eran susceptibles mis sentimientos y moviéndolos de un modo irresistible, conseguí reunir aquel mismo día muchos soldados de los que se habían dispersado.

Aunque los coroneles Silva, Novoa y Mancebo, jefes de la división, se me ocultaron en Huamachuco y no tuve a quien entregar las comunicaciones oficiales que conduje, tuve la advertencia de referirme a ellas para ofrecerles en nombre del Gobierno las garantías necesarias, logrando que los jefes y oficiales volviesen a las filas que habían abandonado y que esperasen órdenes del Libertador. Dirigí también comunicaciones a los dos jefes de batallón que seguían su movimiento sobre Cajamarca, interesando las mismas consideraciones, que fueron atendidas, y regresé a dar cuenta de mi comisión.

Mientras el Libertador se ocupaba en reanimar el espíritu militar de estas tropas, que había desfallecido, otra escena se representaba en la

2 No fue este coronel Silva el patriota y valiente José Laurencio Silva, héroe tantas veces.

capital del departamento de Trujillo, por virtud de las sabias y activas disposiciones del genio de Bolívar. El coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente, que mandaba el Regimiento de Coraceros, uno de los mejores cuerpos de las tropas insurrectas, se rebeló contra el expresidente Riva Agüero, lo puso en prisión, lo hizo deportar para Chile y se sometió al Gobierno con las tropas de su mando, poniéndose a las órdenes del Libertador. Así terminó felizmente aquella defección, recuperando el Perú el departamento de Trujillo y algunas tropas que sirvieron de base para formar el ejército peruano.

El Libertador ordenó entonces al general Sucre que se acantonase con el ejército en la provincia de Andahuaylas y continuó su marcha con el Estado Mayor General a Cajamarca, a donde llegamos el 15 de diciembre. Allí se le presentaron los jefes, oficiales y tropa de los dos cuerpos que se habían segregado de la división del coronel Silva y se dio principio a la organización del ejército del Perú.

Mas en aquellos momentos todo se oponía a la realización de los planes del Libertador y por todas partes se presentaban obstáculos que era necesario superar. El día de nuestra llegada a Cajamarca se nos había reunido un edecán del Libertador, el comandante Julián Santamaría, que de regreso de una comisión traía consigo una dilatada correspondencia interceptada al ejército español. Por ella se informó S. E. de que el navío *Asia*, el bergantín *Aquiles* y una corbeta, a las órdenes del coronel Bruzeta, que mandaba la escuadrilla, acababa de llegar de España. Una escuadrilla enemiga sobre nuestras costas en aquellas circunstancias, haciendo el crucero, paralizaba las disposiciones del Libertador, que por entonces todo lo esperaba de Colombia³. Muchos cuerpos de tropa debían ir al Perú en diferentes buques mercantes, según las órdenes que se habían comunicado a los del Ecuador, Guayaquil y Panamá. El general Antonio Morales acababa de embarcarse en la costa para Guayaquil, con el objeto de hacer cumplir esta disposición sin pérdida de tiempo, y el recelo de que estas tropas llegasen a ser presa del enemigo causaba al Libertador un justo desasosiego.

3 Entiéndase Gran Colombia. Venezuela, en primer término; ¡cuatrocientas sesenta y cuatro acciones de guerra lo evidencian!

Por la tarde de este mismo día, el Libertador me llamó personalmente; entramos juntos en una pieza que se le había destinado para alojarse y reclinándose en la cama que le tenían preparada hizo que le leyese nuevamente algunas comunicaciones de las interceptadas al enemigo. “Mucho hay que trabajar —me dijo cuando acabé de leerlas—, esta empresa es casi superior a mis fuerzas; pero cuento con bastantes oficiales jóvenes, que partirán conmigo las fatigas así como los triunfos”. Luego se levantó, empezó a pasearse en la pieza y me ordenó que bien de mañana al día siguiente estuviese allí para despachar los asuntos más importantes.

Aunque S. E. se hallaba fatigado por la molestia del camino, no se recogió aquella noche hasta muy tarde y sin embargo a las cinco de la mañana mandó que me llamasen. Cuando me presenté en su cuarto le hallé en pie y vestido, como acostumbraba hacerlo. Había una luz sobre la mesa porque aún no aclaraba, y su semblante manifestaba alguna agitación. “U. sabe —me dijo cuando entré— que no tengo más secretario ni oficial en la Secretaría que uno y U. solo no puede despachar tantos asuntos; haga U. llamar al capellán y a Santamaría para que lo ayuden; pero entre tanto, vamos a arreglar el trabajo”. S. E. mismo tomó varios papeles de importancia y empezó a metodizar el despacho de los más urgentes. Luego que aclaró el día, y después de algunas reflexiones sobre la posición en que nos hallábamos en aquellos momentos, ordenó que se llamase al capellán y a Santamaría como lo había indicado.

En aquel acto empezó S. E. a dar disposiciones para evitar la pérdida de las tropas que se esperaban de Guayaquil. A eso de mediodía se incorporó el coronel Espinar, que hacía de secretario interino y había quedado enfermo a retaguardia, y encargándose este del despacho continuó el trabajo sin interrupción hasta las siete de la noche. Cuando se hubo concluido este, quedamos solos con el secretario en la pieza del despacho, donde el Libertador empezó a pasearse; permaneció algún rato en silencio buscando en su imaginación un oficial que marchase por la posta a Guayaquil, el cual debía llevar las órdenes que se habían expedido en aquel día, precaviendo el encuentro de las tropas de Colombia con la escuadrilla española, de la que no debían tener noticia alguna. S. E. exigía que este oficial no parase un solo momento, porque cualquier demora podía costar una pérdida irreparable, que no se embarcase en ningún

punto de la costa, para que no fuese a ser presa de la escuadrilla enemiga y se frustrasen sus planes, saliendo luego de esta meditación:

No hay remedio —nos dijo, dirigiéndose a mí—. Siento quedarme sin un oficial en la Secretaría, pero U. se marcha para Guayaquil muy de mañana: extienda U. hoy mismo un pasaporte, que irá firmado de mi mano, para que le den los auxilios necesarios y no lo demoren en el tránsito. Usted está al cabo de todo lo que yo quiero que se haga; transmítale U. de palabra al general Castillo todas mis ideas y explénele por extenso los motivos que me han obligado a contrariar mis disposiciones anteriores. No duerma U., si es posible, hasta llegar a Guayaquil; allá descansará algunos días y puede volverse más despacio. En Lima me encuentra U. a su regreso.

El pasaporte se extendió, S. E. lo firmó y se ocupó algún rato en darme muchas órdenes de palabra para que se ejecutasen en los departamentos del sur de Colombia. Luego, tomando un tono jocoso, como acostumbraba cuando se hallaba de buen humor, añadió: “Que no se le vaya a olvidar nada; mire que lo afusileo, como decía el general Cedeño.”

A las cuatro de la mañana del día siguiente, 17 de diciembre, me puse en camino por la posta, atravesando los arenales desiertos de Lambayeque y Piura, y el 24 en la noche llegué a Guayaquil. Ya los buques de transporte y las tropas estaban listas para salir el 26. El general Castillo, que se hallaba de intendente, dispuso al momento que se aprestase la escuadrilla de Colombia para que convoyase los buques de transporte, conforme a las órdenes que acababa de recibir. Pocos días fueron necesarios para cumplir esta disposición, que aseguraba de un modo positivo la traslación de las tropas y si me es permitido decirlo, aun el éxito de esta campaña tan gloriosa.

Entre tanto, el Libertador, que con su Estado Mayor General se dirigía de Cajamarca para la capital del Perú, fue atacado por una violenta enfermedad en el camino. El 11 de enero de 1824 lo alcancé a mi regreso en Pativilca, donde permanecía estableciendo su salud, cuyo quebranto no le había permitido llegar a Lima como lo deseaba; pero sin embargo de hallarse en este estado de indisposición, comenzó a organizar un ejército

capaz de hacer frente a los enemigos de la independencia, que con un número de tropas cuatro veces mayor que las nuestras, se aproximaba en varias direcciones. Todos los días salían los oficiales del Estado Mayor General en distintas comisiones y ansiosamente se esperaban por momentos los auxilios de tropas de Colombia y Chile.

El Libertador previno, entre otras cosas, al general Pinto, comandante general de la División del Centro, estacionada en Lima, que con tropas de su división se relevase el Batallón Vargas, que se hallaba de guarnición en el Callao, y que este cuerpo, a las órdenes de su comandante coronel León Febres Cordero, marchase a Cajatambo. Cumpliendo con esta disposición, los batallones N.º 11 y Río de la Plata, del ejército auxiliar de Buenos Aires, ocuparon las fortalezas del Callao al mando del general Alvarado. Pero, ¡ah!, cuántas angustias causó al Libertador esta medida, cuyos resultados no estaban en el cálculo humano. Todo podría alcanzarlo y preverlo aquel genio extraordinario, aquella alma superior, pero no concebía que la traición pudiera manchar los antiguos laureles de las tropas argentinas. Él era el jefe de los colombianos.

El Gobierno del Perú carecía de recursos pecuniarios, no contaba sino con tres departamentos, puede decirse, y las tropas de la guarnición lamentaban la escasez aun de lo indispensable para su subsistencia; se pasaban dos y tres días sin que tomasen ración, y hacía más de seis meses que no recibían prest. Esta situación tan penosa se hizo más sensible de día en día, desalentó a toda la República y la sumergió en un abismo.

Las tropas del Río de la Plata, capitaneadas por el sargento Moyano, se insurreccionaron en el Callao poniendo presos al general Alvarado y a todos sus oficiales. Empezaron a reclamar sus raciones y sueldos deven-gados y dirigieron al Gobierno varias solicitudes pidiendo buques de transporte para dirigirse a su patria. Aunque el Congreso se encontraba reunido en aquella época, nada hizo para satisfacer los deseos de los insurrectos, ni atajar los males que afligieron a aquel país. El presidente Torre Tagle se contentó con hacerles algunas promesas, en nombre del Gobierno, que fueron desatendidas.

Cuando se informó al Libertador de este acontecimiento, interesó todo su influjo para que se les proporcionase alguna cantidad de pesos a cuenta de sus haberes y los buques necesarios para su transporte, recomendándoles a los encargados del poder que a costa de este sacrificio evitasen la pérdida de las fortalezas del Callao, que a su vista ya era inevitable; pero todo fue en vano. No había dinero, el Gobierno carecía de confianza y el presidente no era calculado para contrarrestar el torrente de la rebelión.

A los ocho días tomó esta insurrección un carácter distinto. Enarbolaron el estandarte español en las fortalezas, despacharon un emisario al virrey La Serna, que se hallaba en el Cuzco, y le ofrecieron la plaza y sus servicios. El virrey, aprovechándose de esta ventaja, hizo partir inmediatamente al general Rodil con el Escuadrón San Carlos, le nombró gobernador y comandante general de la provincia de Lima, le confió el mando de las fortalezas y el de las tropas que se le acababan de pasar y le entregó un despacho de coronel en nombre del rey de España, para que premiase con él la perfidia del sargento Moyano.

Este acontecimiento causó un trastorno general en los peruanos. El Congreso, a la vista de este cuadro tan funesto, y en el conflicto del momento, volvió sus ojos al Libertador como el único que podía salvarlos de la espantosa borrasca que los amenazaba y declarándose en receso, lo revistió con el poder dictatorial. ¡¡Estas eran las dictaduras del *Gran Bolívar*!!

En aquellos instantes acabó de desaparecer la confianza, que fue reemplazada por la perfidia, y la capital permaneció abandonada a sí misma por algunos días.

El Libertador recibió en febrero la autoridad que se le confirió, acompañada de crímenes de lesa patria. Habría sido difícil para otro que no fuera Bolívar aceptar un poder que nada tenía de real, cuando verdaderamente solo podía contar con un puñado de patriotas y el terreno que estos ocupaban; mas él, a quien no arredraba esta crisis espantosa, porque se hallaba acostumbrado a superarlo todo, aun entre los más grandes reveses de la guerra, cuando se impuso de las vergonzosas escenas que se representaban en varios lugares, con más arrojo empuñó la palma de la dictadura. Entonces fue cuando le oímos exclamar, con aquella viveza

propia de su genio. “Vamos a salvar este triste país de la anarquía, de la opresión y la ignominia”.

Como todos los fundamentos del edificio que empezó a plantear el general San Martín en aquel suelo se habían venido a tierra, el Libertador, para reedificarlo sobre una base sólida, quería aprovecharse de sus ruinas y necesitaba salvarlas del contagio de defección que se introdujo en el ejército antiguo del Perú. El general Necochea, del ejército de Buenos Aires —que con motivo de aquellos acontecimientos había venido al cuartel general—, ocupó la mente del Libertador. Se despachó inmediatamente a Lima, a salvar los restos de la División del Centro, todos los elementos de guerra, y cuanto se pudiera para el ejército que carecía de todo, menos de valor ni de serenidad para arrostrar los peligros. Este general, que supo acreditar su valor posteriormente, instruido confidencialmente de los deseos del Libertador, con algunos principios de moderación y con un sentimiento de delicadeza propia, le hizo presente: que hallándose en Lima mandando aquellas tropas el general Pinto y siendo este de más graduación que él, esta medida, que parecía de desconfianza, no haría otra cosa que resentir su amor propio. El Libertador lo penetraba todo y por esto había pensado en él, a pesar de aquellas circunstancias; sin embargo, se decidió a caracterizar al general Pinto, para que con facultades omnímodas se pusiese en retirada, trayendo consigo cuanto le fuese posible y conceptuase necesario para el ejército. El general Pinto se negó a desempeñar este encargo pretextando enfermedad y la ninguna confianza que le quedaba en el resto de las tropas, y manifestando que habiendo perdido los mejores cuerpos de su división por una insurrección y defección vergonzosas, estaba resuelto a irse a Chile, su patria.

A cada instante se hacía más urgente la necesidad de un jefe que salvarse cuanto fuese posible de la capital, próxima a ser presa de los enemigos, que se hallaban fuera de sus murallas y con tropas más que suficientes para invadirla. El cuartel general estaba a cincuenta leguas de distancia, compuesto solo del Libertador y su Estado Mayor General, no completo; el ejército de Colombia, acantonado en diferentes puntos, a más de cien leguas; por consiguiente, el Libertador no tenía a su lado un jefe de confianza para que se encargase de esta importante medida. Aunque había en Lima algunos generales auxiliares y del Perú, temió con fundamento

que se excusasen como lo había hecho el general Pinto y sin atender a las consideraciones anteriores, para aprovecharse de los últimos momentos de obrar que le quedaban, ocurrió a las primeras impresiones de su corazón.

El general Necochea, suficientemente autorizado, partió inmediatamente para la capital donde todo era confusión y desorden. Los magistrados habían abandonado sus ministerios, los empleados sus destinos, los oficiales las filas del ejército; y aunque, Necochea, con toda la energía que le era característica, dictó muchas providencias, apenas pudo salvar muy pocas cosas, bien fuese por la falta de recursos, ya también por la desconfianza que se había apoderado de todos los habitantes y aun de los altos funcionarios. Hubo muy pocos que en aquellos momentos no creyesen de buena fe como infalible, el triunfo de los españoles y nuestra total destrucción.

Desmoralizada como estaba la División del Centro, el general Necochea tropezó sin duda con algunos embarazos en sus operaciones; faltaba la confianza y no era fácil inspirarla en aquellas circunstancias.

Un regimiento de Granaderos Montados de Buenos Aires, que se hallaba destacado observando por entonces los movimientos de Rodil, habiendo recibido orden para retirarse a Lima, se insurreccionó al frente del Callao y siguiendo el ejemplo de sus camaradas, se encerró también en las fortalezas aumentando las filas españolas. No obstante, esta tropa, más generosa con sus jefes y oficiales les dejó la libertad de elegir el partido que quisieran libremente. Estos, con algunos soldados, se incorporaron al general Necochea, y volvieron a reformar el regimiento posteriormente, acompañándonos en la campaña.

Todos estos accidentes aumentaban la confusión, infundían terror y apuraban la perfidia en la capital. El mismo presidente Torre Tagle y uno de los ministros de Estado volaron precipitadamente al enemigo, que los recibió con aplausos en el Callao, y de ciento y pico de oficiales del ejército peruano, que con destino o sin él existían en la capital, se le presentaron a Rodil ciento cinco el día que la ocupó, a los cuales dejó tranquilamente en sus casas, excepto algunos que tomaron servicio. Así es que el general Necochea se retiró de Lima con aquellos jefes, oficiales y tropas, a quienes animó un sentimiento de honor y patriotismo y logró escaparse de aquel torrente impetuoso de apostasías.

El Libertador, indignado por esta desmoralización vergonzosa y sin ejemplo, con aquella elocuencia, energía y laconismo que le eran característicos, proclamó desde Pativilca a los pueblos y al ejército inspirándoles confianza. Repartió varios cuadros de oficiales y tropa del Perú, para que formasen cuerpos, y activamente y por todos los medios posibles removía los obstáculos para crear un ejército.

Sin embargo de todas las precauciones que se tomaron para contener las defecciones y desertiones de las tropas peruanas, aún no se había colmado la medida. El comandante Novajas, que con un cuadro se hallaba en Chancay formando un escuadrón de caballería, cuando estaba casi completo, desertó con él, llevándose preso al coronel Carlos María Ortega, con cuya ofrenda se presentó a los españoles en Lima. Este jefe, con el general Alvarado y los demás oficiales presos en las fortalezas del Callao, fueron remitidos a la isla de Esteves⁴. Todos los días se recibían partes en el cuartel general de la desertión de uno o más oficiales, de uno o dos piquetes de tropa, más o menos grandes, que se pasaban a engrosar las filas enemigas. El Libertador, por lo mismo, desconfiaba ya de todo el ejército peruano y solo deseaba tener cuerpos formados por venezolanos, neogranadinos y ecuatorianos a su lado, para destinarlos a los reclutamientos y demás comisiones importantes.

Aunque nuestra situación era desventajosa, ciertamente, el Libertador no desconfió un momento de organizar un ejército que libertase de sus opresores la antigua patria de los incas. Él estaba acostumbrado a crearlo todo de la nada y con aquella ambición de gloria y aquel entusiasmo que no le abandonó jamás, me llamó una mañana de estas y, paseándose en la sala mientras que yo escribía sobre la mesa del comedor, me dictó una proclama, de la que conservo en mi memoria estos conceptos:

Peruanos: en menos de seis meses habéis experimentado cinco defecciones, causadas por vuestros mismos jefes; las tropas del Río de la Plata han enarbolado el estandarte español en las fortalezas del Callo; se pasan

4 Isla pequeña que servía de depósito y presidio de los españoles, situada en el centro de la gran laguna de Chucuito, en el departamento de Puno, entre el Cuzco y La Paz; desagua al Pacífico por las inmediaciones de esta ciudad, cuyo canal sirve de división territorial entre el Alto y Bajo Perú.

por partidas a las filas del ejército español las tropas del ejército peruano; pero quedan en el departamento de Trujillo algunos restos de las tropas patriotas. ¿Queréis más esperanzas?

Por lo expuesto hasta aquí debe venirse en conocimiento de que, propiamente hablando, nada existía, y que era necesario crearlo y organizarlo todo para hacer la campaña; con este motivo, el cuartel general se hallaba en continuo movimiento; los oficiales del Estado Mayor General no paraban a ninguna hora y las órdenes se expedían a todas partes con la mayor presteza. Aquel era un foco radiante de valor, de constancia, de patriotismo y gloria; aquel era el sol de la libertad en el corazón del Nuevo Mundo.

El Libertador, que en medio de todas sus fatigas soñaba con su patria, se conmovía sensiblemente a la más leve cosa que tuviera relación con Colombia. Llegó el correo y recibe la correspondencia epistolar de algunos empleados del Gobierno de Bogotá, en que particularmente le informaban del estado de las cosas políticas, la marcha del Gobierno y la conducta del Dr. Miguel Peña, empleado de ministro en la Corte. El Libertador tomaba tanto interés por su país, que hubiera querido poderse dividir en dos, para dirigir los negocios de Estado en su patria y la campaña de que iba a ocuparse; pero como estos deseos no podían llevarse a cabo, se contentaba con indicar a los encargados del Gobierno de Colombia las medidas que en su concepto le parecían más conformes a su situación y progreso. La conducta del gobierno con el Dr. Peña, a quien conocía muy de cerca, le presagiaba un funesto resultado si no se le halagaba y contemplaba. El Libertador se dispuso a despachar el correo, me llamó particularmente a su pieza de habitación, distante de la del despacho de la Secretaría y con aquella penetración y viveza que le caracterizaban, al hablar al general Santander, entre otras cosas sobre esta materia, se expresó así: “El Dr. Peña es un hombre vivo, de talento, audaz, y... conviene mucho que U. lo mantenga al lado del Gobierno, halagado con la esperanza de un alto destino y que por ningún pretexto vaya a Venezuela, para que la Patria, U. y yo no tengamos algún día algo que llorar”. La correspondencia se cerró y se siguieron despachando otros asuntos de importancia relativos al ejército.

Al que no tenga una idea de los trastornos que se experimentaron, no le es fácil conocer nuestra situación en aquella época memorable y será difícil encontrar una imaginación tan rica que pueda transmitir a la historia los pormenores de todos sus acontecimientos; sin embargo, yo voy a describirlos del mismo modo que se presentaron a mi vista.

Ya se ha dicho que el ejército carecía de todo y que el tesoro nacional no tenía con qué atender a sus más urgentes necesidades. El Libertador, para remediarlas en cuanto le fue posible, pidió al general Salom, que se hallaba de intendente en el Ecuador, en Colombia, vestuarios, lanzas, monturas, herraduras para los caballos, víveres y aun astas para las lanzas, y entre tanto impuso una contribución a los templos que poseían algunas alhajas y un donativo entre los habitantes, de mayores proporciones en los departamentos de Trujillo, Huamachuco y parte del de Huánuco, único terreno que ocupábamos. Aun cuando fue el objeto reunir cuatrocientos mil pesos para los gastos de la campaña, para lo cual se hicieron los mayores esfuerzos sin esperar a los pueblos, solo se consiguió recoger treinta y tantos mil pesos, lo más en barras de plata, que se cambiaron en el comercio a siete pesos el marco. Con este auxilio se establecieron maestranzas de toda especie y se construyeron con la mayor prontitud muchos vestuarios, monturas, equipo y menaje, se compuso el armamento y se hicieron herraduras para toda la caballería; activamente se reclutó alguna gente de armas, se reunieron caballerías y con alguna tropa que llegó de Colombia con el general Córdova, se creó un ejército en el término de dos meses.

¿Por qué no marchaban sobre el Libertador las fuerzas españolas, numerosas, dueñas del Perú, de sus fortalezas, de sus mares y de sus tesoros? ¿Era que allí veían a Bolívar y sus *independientes*!

Entretanto, el Gobierno de Chile, que no tenía noticia de la insurrección de las tropas del Río de la Plata y la pérdida de las fortalezas del Callao, había hecho embarcar en Valparaíso en dos buques mercantes el Batallón N.º 4, para que a las órdenes del general Aldunate viniese de auxilio. Como no traían convoy, era muy natural que alguno de ellos llegase primero y por esta razón se combinaron a su salida para reunirse en la isla de las Hormigas, situada un poco al norte del Callao, o en la de San Lorenzo, situada al frente de este puerto. El buque que conducía el

medio batallón de la izquierda llegó primero y al pasar por el frente de la isla de San Lorenzo, sorprendido al ver flamear en las fortalezas el pabellón español, viró por redondo y se volvió a Chile; el otro, con el general Aldunate, más previsivo, corrió la costa hasta encontrar el ejército y desembarcó la tropa en Santa. Esta, que ya no era un cuerpo ni había otra de su pabellón para incorporarla, la conceptuó el Libertador por su aspecto propia para caballería y haciéndola cambiar de arma, la agregó por entonces a los Húsares, sirviendo posteriormente para reformar el Regimiento de Granaderos Montados de los Andes, que había perdido su tropa insurreccionándose al frente del Callao, como se ha dicho anteriormente.

El Libertador, que desde marzo llegó a Trujillo y se había ocupado exclusivamente en la creación y organización de tropas, reunió allí en abril al ejército patriota; y con él se puso en marcha por la vía de Otuzco al departamento de Huamachuco, con el objeto de unirse al del Perú, que se hallaba situado en Cajamarca, al otro lado de la cordillera de los Andes.

Como estoy persuadido de que muchas personas no deben tener conocimiento de algunos pormenores ocurridos al Libertador, no pasaré en silencio uno sucedido en Huamachuco. En esta ciudad se hizo indispensable establecer una maestranza para construir clavos de buen hierro y volver a herrar la caballería, que había perdido las herraduras por la mala calidad de aquellos. El Libertador encargó de este trabajo a un sargento mayor, hijo de Chile (cuyo nombre no me acuerdo), que se hallaba sin destino y que buscándolo había venido al cuartel general. Apenas hacía dos días que se ocupaba en este encargo, cuando recibe el Libertador avisos confidenciales de que un elemento del ejército estaba encargado por los enemigos de asesinarle, por cuyo hecho le habían ofrecido una gran recompensa y él se había comprometido a ello; y aunque no le decían al Libertador quién era este jefe, ni su nombre, le acompañaban su filiación. El Libertador se hallaba solo en su cuarto leyendo, y repasando las señales de la filiación que tenía a la vista, cuando con aquel golpe de ojo que pocas veces lo engañaba y con aquella viveza de su genio, reuniendo en su imaginación el conjunto de facciones descritas en la filiación, se le representa el retrato del sargento mayor que hacía dos días había encargado de la maestranza; sale luego de su pieza, llama un ordenanza y hace venir inmediatamente al sargento. Cuando este entró, el Libertador

permanecía con el papel que contenía la filiación en la mano, lo hizo sentar y paseándose en la sala y haciéndole conversación, tuvo tiempo de comparar más atentamente las señales del sargento con las de la filiación y quedó íntimamente convencido de que era él la persona que le denunciaban. El Libertador continuó tratándolo con tanta bondad y dulzura, que pocas veces le vi más sereno con otra persona, y después de un largo rato de conversación concluyó, diciéndole: “Los jefes y oficiales que se me unen, y que generalmente corresponden a mis esperanzas, siempre son colocados dignamente; U. irá de comandante de armas a un buen pueblo; ocurra luego al Estado Mayor a recibir órdenes”.

El sargento mayor salió muy satisfecho, al parecer, de esta prueba de aprecio que acababa de recibir, y cuando había vuelto las espaldas y yo entraba en la sala, me dijo el Libertador: “Pocas veces he visto un asesino tan bien retratado. ¿No le parece a U. que esta es la filiación de ese hombre que acaba de salir?”, enseñándome el papel que la contenía. Luego me refirió todas las circunstancias que acabo de exponer y me ordenó que fuese a hacerme cargo de la maestranza, saliendo el sargento al día siguiente para su nuevo destino, alejándolo de este modo de su persona.

Por consecuencia precisa de los acontecimientos pasados, existía entre los generales y jefes del ejército antiguo del Perú algún espíritu de partido. El Libertador se colocó en el centro de ellos como un punto de apoyo y aprovechándose de su posición los llamó a su lado.

Al Gran Mariscal La Mar se le confió el mando en jefe del ejército del Perú. El general Santa Cruz, que avergonzado permanecía en Piura de espectador indiferente, fue llamado y nombrado jefe de Estado Mayor General del mismo ejército. Al general Necochea se le nombró comandante general de toda la caballería del ejército unido. Al general Miller se le dio el mando de la caballería del ejército del Perú. El general Sucre tomó el mando en jefe del ejército auxiliar, llevando a sus inmediatas órdenes a los generales comandantes generales de la División Lara y Córdova, quedando por entonces encargado del Estado Mayor General Libertador, el general Aldunate y del Estado Mayor General del Ejército, el coronel O'Connor. Sin embargo, estos destinos no fueron permanentes

en toda la campaña, tanto por la separación del Libertador como porque se hicieron varias alteraciones posteriormente. El ejército unido no pasó de diez mil hombres de fuerza total, incluso los hospitales; así abrió la campaña en mayo de 1824 a las órdenes del Libertador, haciendo su primer movimiento sobre el departamento de Huánuco.

No me detendré en algunos pormenores, que en nada influyeron en el acierto de la campaña; baste decir que como el Libertador no tenía exacto conocimiento del terreno, ni existían en el Estado Mayor ningunos planos que lo ilustrasen sobre este punto para sus operaciones, se vio en la necesidad de hacer sobre la marcha todos los arreglos que le parecían más convenientes. Es verdad que no faltaban en el ejército generales y jefes que prácticamente conocían el país y aun a los mismos enemigos que intentábamos batir; pero el Libertador hacía sus movimientos muchas veces según las circunstancias y sus cálculos, sin atender a los embarazos que encontraba en el camino, confiado en el valor de sus tropas. No había obstáculo para él insuperable.

En el mes de junio, ya todo el ejército se hallaba en movimiento en el departamento de Huánuco, atravesando una ramificación de los Andes, y tomando medidas y posiciones alternativamente se fue acercando al enemigo, que se mantenía acantonado en la provincia de Jauja.

En los últimos días de julio ocupamos la provincia de Pasco, situada en unos llanos espaciosos, a catorce leguas de aquella. El ejército se acampó por divisiones y cada una de estas por cuerpos, en unas haciendas, inmediatas unas a otras, que se encuentran en una gran pampa o sabana en las inmediaciones de aquella villa. Reunido en gran parada el día 1.º de agosto, el Libertador lo arengó con aquella elocuencia y gracia que siempre le adornaron y de que tantas veces había sabido aprovecharse para inflamar el pecho de los soldados a la hora del combate. Les recordó a los colombianos el 7 de agosto en Boyacá, señalándoles con el dedo las pampas de Jauja, que divisaban, y se las designó como lugar del triunfo; les marcó para adquirirle el día 7 de aquel mes, como el presagio más seguro de la victoria. Los nevados cerros de los Andes repitieron entonces los alegres vivas que supo arrancar el entusiasmo, el valor y el heroísmo se asomaron también a todos los semblantes. Allí vimos todos centellear la gloria americana; nos pareció ver ya libre el Nuevo Mundo.

El Libertador se retiró acompañado de sus generales lleno de satisfacción; desmontándose de su caballo, pidió el estado de la fuerza con que podía contar, lo examinó por sí mismo escrupulosamente y observó que solo contenía siete mil hombres disponibles, porque los hospitales ambulantes y los de retaguardia componían un número de enfermos capaz de componer una división; mas a pesar de esto, y que el ejército español tenía más fuerza, no vaciló un instante en comprometer una batalla. Las tropas de los hospitales no quedaron sin destino en esta ocasión, como se verá más adelante.

Antes de continuar en los detalles del ejército libertador del Perú, me parece indispensable que nos ocupemos de los españoles para hacer conocer más propiamente nuestra situación y la ventajosa posición de aquellos, y aunque tal vez no sería muy exacta mi relación con referencia a ellos, para no incurrir en esta falta, me limitaré a los hechos más notorios y hablaré de los demás sucintamente.

Los españoles ocupaban la mayor parte y la más rica del territorio, comprendida en una extensión como de quinientas leguas de longitud de norte a sur. Su ejército, incluso el del general Olañeta, no bajaba de veinte mil hombres, repartidos por divisiones en diferentes puntos. Se encontraba cuando no bien, muy regularmente equipado, porque si no les sobraba todo, se puede asegurar que tampoco les faltaba otra cosa que valor para hollar por más tiempo impunemente la cuna de los incas y el Templo del Sol; mas por una de aquellas extraordinarias ocurrencias de los gabinetes, cuyos efectos no es fácil remediar a una larga distancia de la metrópoli, los jefes españoles se hallaban divididos en dos partidos y habían sometido la cuestión a la suerte de las armas.

El Alto Perú, hoy República de Bolivia, pertenecía antiguamente a la Capitanía General de Buenos Aires; el Bajo, al Virreinato del Perú. El general Olañeta⁵, con una división, se había sostenido en el Alto Perú contra el ejército de Buenos Aires, cuando este, luchando por la libertad e independencia de aquella república, intentó por varias ocasiones reintegrar su territorio; y con este motivo, el Gobierno español, para premiar

5 Aquí voy a referirme a lo que generalmente se decía en el país porque no tengo otra prueba, y no hay duda que esta voz pública se justifica de un modo innegable por los hechos y los resultados de la cuestión.

los servicios de este general, acababa de crear un nuevo virreinato en el Alto Perú, comprendiendo los pueblos que pertenecían a Buenos Aires y al Virreinato del Bajo Perú.

La desmembración de este virreinato para la erección de aquel ocasionó la cuestión que se agitaba, de manera que disgustado el virrey La Serna por esta disposición del rey de España, no sé con qué pretexto, retenía en su poder la Real Cédula de erección y el título de virrey del Perú Alto, que por su conducto se le dirigió al general Olañeta. Este general, en represalia, se había sustraído de hecho con las tropas de su mando de la obediencia de aquel, constituyéndose en única autoridad del Perú Alto. El virrey La Serna, valido de su preponderancia, intentó sojuzgarlo por la fuerza y desde el Cuzco hizo partir al general Valdés con su división para el Alto Perú, al mismo tiempo que el ejército unido libertador, desde las costas de Trujillo se disponía a abrir la campaña, aprovechando este accidente, que privaba a los españoles de la ventaja de reunir todo su ejército en Jauja, para esperar al nuestro, como lo habían calculado. El general Valdés, con arreglo a las instrucciones que llevó, pasó el Desaguadero y en el primer encuentro con las tropas de Olañeta adquirió un pequeño triunfo; pero habiéndose internado sobre la ciudad de La Plata, hoy capital de Bolivia, fue batido y tuvo que retirarse sobre el Cuzco con alguna pérdida, haciendo sobre la marcha algunos reclutamientos para reforzar su división.

Entretanto, el general Canterac, que había permanecido acantonado en Jauja con una división de nueve mil hombres, disciplinados regularmente y más que todo, dos mil de una brillante caballería, muy bien montada y equipada, porque era su arma favorita, saliendo de su acantonamiento en los primeros días de agosto a Tarma, se dirigió desde allí por el camino real a Pasco, donde creyó encontrar el ejército unido.

El Libertador se puso en movimiento con el ejército el día 4, dejando el camino principal a la izquierda y tomando otro de la derecha para salir a Tarma; pero el día 5 tanto el general Canterac como el Libertador ejecutaron un movimiento con el mismo objeto, aunque con diferentes direcciones y planes. El general Canterac salió del pueblo de Reyes con su división por el camino principal y llegó aquel día a Pasco, donde solo encontró un hospital de nuestras tropas; allí se informó de la dirección que llevaba el ejército unido y al día siguiente regresó por el mismo camino.

El Libertador, que con el ejército había rendido la jornada en una hacienda, a siete u ocho leguas al oeste del pueblo de Reyes, recibió aquí noticias positivas del movimiento del enemigo y dejando el camino que llevaba se dispuso a salirle a retaguardia al día siguiente.

Aquella noche, el Libertador hizo llamar a los generales La Mar y Sucre y se ocupó algún tiempo en dar varias disposiciones.

Se previno al general Córdova que a las cuatro de la mañana del día siguiente rompiese la marcha con su división; al general La Mar, que con el ejército del Perú ocupase el centro y al general Lara, que con su división guardase la retaguardia.

El día 6, a las cinco de la mañana, todo el ejército se hallaba en movimiento con dirección al pueblo de Reyes. Desde las diez empezó a llegar el espionaje, trayendo la noticia de que el general Canterac con su división regresaba de Pasco, por el mismo camino que había llevado el día antes. El Libertador dispuso al momento que el general Necochea se pusiese a la vanguardia del ejército con toda la caballería y que la infantería por divisiones redoblase la marcha. El mismo Libertador, con los generales La Mar, Sucre y Santa Cruz se pusieron a la cabeza de la caballería, mientras que la infantería, unas veces al trote y otras a paso redoblado, caminaba sin detenerse en parte alguna. A las cuatro de la tarde nuestra caballería, como a una legua de distancia, divisó al enemigo que salía del pueblo de Reyes por el camino de Tarma. Toda su infantería por columnas en masa se retiraba a paso redoblado y al trote por toda la pampa, cubriendo su retaguardia su brillante caballería. El Libertador mandó apurar el paso a nuestra infantería, que, a pesar de sus esfuerzos, venía como a una legua de distancia de nuestra caballería, lo cual había sido observado por el enemigo. Una gran laguna separaba las dos caballerías. La nuestra, dejando el camino de Reyes, marchó por la orilla opuesta como a cortar la suya, que aparentaba retirarse con su infantería. El general Canterac, que desde la pampa observó este movimiento, conociendo que su caballería era superior en número y caballos y que a la cabeza de la nuestra iban nuestros principales generales, se dispuso a esperarla para dar una carga, contando con un triunfo seguro, según dijo él en un parte que se le interceptó después de la batalla.

Nuestra caballería debía salir a la pampa de Junín por en medio de unos pequeños cerros cubiertos de paja, situados a la orilla de la laguna.

El general Canterac, a la sombra de estos mismos cerros, dejando el camino que llevaba su infantería, descabezó la laguna con su caballería, varió de dirección por una pronta maniobra y formando una línea de batalla, reforzada por otra de reserva, esperó el momento en que asomase la nuestra para cargarla. Al salir a la pampa, el general Necochea, que vio al enemigo en aquella formación, sin perder un instante y al trote, mandó entrar en batalla nuestra caballería por retaguardia de la primera subdivisión; pero aún no se había acabado de ejecutar esta maniobra, cuando el enemigo, aprovechándose de este movimiento para arrollar nuestra caballería, a todo galope, enristradas las lanzas y con sable en mano, se arroja sobre la línea, rompiendo algunos cuerpos de los que habían entrado en batalla y envolviendo parte de las columnas que sucesivamente iban entrando. Sin embargo de que este primer impulso fue violento, el desorden no se prolongó más allá de los escuadrones que sufrieron el choque. ¡Allí mandaba el Libertador! Los otros cuerpos, con aquella serenidad hija del valor, refrenando sus caballos sin perder terreno, formaron a discreción de sus jefes una nueva línea y vengaron bien pronto a sus camaradas. El enemigo, aunque triunfante al principio, no pudo conservar su formación por la más o menos resistencia que experimentó en los cuerpos arrollados y por grupos empezó a cebarse, a rienda suelta, en aquellos que habían vuelto gurupas. Entonces el resto de nuestra caballería, que no había abandonado su posición ni la habían atacado, los cargó por retaguardia; algunos de los arrollados volvieron caras y la victoria se disputó palmo a palmo en la pampa de Junín, cerca de una hora. Al fin, el enemigo cedió el campo a nuestros valientes, que adquirieron el triunfo al precio de los esfuerzos más heroicos.

Pocas veces se ha disputado mejor y tan a punta de lanza una victoria. Aquellos soldados españoles habían estado triunfando en América por largos años; los nuestros eran los de Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha; venían venciendo desde las bocas del Orinoco; desde el año 1818, nuestros soldados no sabían sino vencer.

El Libertador, con sus generales y Estado Mayor, se halló en la pampa en el primer encuentro y más fuerte peligro; pero la distancia a que se alejaba la caballería y extensión que abrazaba la batalla, le obligaron a situarse en una altura de la orilla de la laguna, donde, reuniendo la

caballería arrollada y la infantería que alternativamente fue llegando, permaneció observando todos los movimientos del campo de batalla y dirigiendo el combate. Al principio, se manifestó agitado al aspecto de una lucha tan desigual; pero luego que vio la tenacidad con que lidiaba nuestra caballería y que ni un solo soldado se retiraba del campo de batalla, no desconfió del triunfo. El coronel Carvajal, como a las seis y media de la tarde le sacó de la ansiedad con que esperaba la noticia de la pérdida o triunfo de nuestra caballería, porque la noche había avanzado y la oscuridad no permitía distinguir a lo lejos el resultado de esta jornada. Apenas se observaban algunos grupos acá y allá, en medio de la pampa, que impetuosamente se acometían, y por instantes el lugar del combate se alejaba, lo cual nos hizo concebir la idea de que el enemigo había sido derrotado o que se retiraba; pocos instantes después empezaron a llegar los prisioneros y nuestros heridos. Ellos nos aseguraron del triunfo de nuestras armas y de algunos pormenores más extensos, y el Libertador entonces hizo montar unas compañías de tiradores en las ancas de la mejor caballería y mandó a perseguir al enemigo, que precipitadamente se escapó favorecido de las tinieblas y de sus buenos caballos.

En este primer encuentro, nuestra pérdida no pasó de noventa hombres entre muertos y heridos, incluso el valiente general Necochea, que recibió siete heridas de lanza y sable y no abandonó el campo de batalla hasta después de adquirida la victoria. La del enemigo alcanzó a doscientos cuarenta y tantos muertos, incluso catorce oficiales, dejando en nuestro poder algunos heridos y prisioneros, más de doscientos caballos y monturas y algún armamento.

Al día siguiente, el ejército se acampó en el pueblo de Reyes. Los tiradores y la caballería que se mandaron en persecución del enemigo, regresaron trayendo consigo unos pocos prisioneros de caballería y otros tantos de infantería, que se les dispersaron en la retirada durante la noche.

La retirada del enemigo, que escarmentado huyó precipitadamente, corriendo una extensión como de ciento cincuenta leguas hasta el Cuzco, se reunió con la división del general Valdés, que también batida por el general Olañeta, había regresado del Alto Perú y dio lugar a que el ejército unido, ocupando a los tres días las provincias de Tarma y Jauja, se detuviese por divisiones en diferentes pueblos a descansar de sus fatigas.

Nuestras armas acaban de obtener un triunfo, que confirmaba el renombre del valor del ejército unido. Estaba bien situando. Los españoles debían esperar a resucitar la confianza de sus tropas; y no había temor fundado de un próximo ataque. Sin embargo, por lo expuesto se viene en conocimiento de que el ejército libertador era inferior en número al del enemigo y que no teníamos modo de aumentarlo, a menos que se hiciesen reclutamientos sobre la marcha; conducta que no hubiera hecho otra cosa que disgustar a los pueblos que interesaba mantener gratos y que tampoco habría producido ventaja alguna, porque en aquel país se necesitaba más de un año para disciplinar un recluta, empezando por enseñarle el idioma castellano.

Debía esperarse que el enemigo no volviese sino más tarde sobre nuestro ejército, o bien lo esperase en una posición ventajosa con su doble fuerza. El Libertador, por lo tanto, resolvió regresar a la costa y mandar la división que debía haberse formado de todos los enfermos de los hospitales que dejamos a retaguardia y también algunos cuerpos que hubiesen llegado de Colombia, de donde se esperaban más auxilios, de conformidad con las órdenes expedidas con este objeto.

Formado este plan, el Libertador le confió el mando en jefe del ejército al general Sucre, por haberse excusado de tomarlo el general La Mar, que era el de más graduación; previniéndole, sin embargo, que obrase de acuerdo con este general, tanto por las consideraciones de su grado como por sus conocimientos militares y prácticos del país, que sin duda influyeron en el buen resultado de la campaña.

El Libertador, la víspera de separarse del ejército, ordenó que se llamase al general Sucre. Cuando este general se presentó, se hallaba el Libertador en conferencia con el general La Mar. Por los informes que tomó de él, rectificó los que había recibido anteriormente del país y con estos datos, sin vacilar un instante más, dirigiéndose al general Sucre, le dijo:

General, está resuelto el problema: U. tendrá más tropas con que afrontar al enemigo dentro de pocos días. Yo haré que vengan de la costa sin pérdida de tiempo. Entre tanto, conviene que ganemos terreno. Póngase U. en marcha con el ejército y ocupe las provincias que vaya abandonando el enemigo. Si él con su ejército tomase posiciones más allá del Apurímac⁶, manténgase U. al frente mientras le llegan las tropas para batirlo. Si viniese contra U. con mayor fuerza, retírese hasta Huancavelica y tome posiciones sobre el puente, en el paso de aquel río, que allí debe recibir los auxilios que voy a enviarle. Si por alguna casualidad se viese U. forzado en la retirada, ya en un desfiladero, ya en un paso desventajoso, a perder alguna tropa, antes que suceda, comprometa más bien una batalla, porque más vale aventurar el triunfo con fuerzas desiguales que perder el ejército en una mala retirada.

Hechos los arreglos que se creyeron convenientes, el Libertador partió para la costa y pocos días después, el ejército continuó su marcha para el departamento de Huamanga, llamado hoy Ayacucho. Una jornada antes de llegar a Huamanga, se incorporaron al ejército el Batallón Caracas y el 2.º Escuadrón de Granaderos montados, que habían llegado de Colombia, a quienes el Libertador encontró en el camino y les hizo redoblar la marcha.

A principios de octubre, el ejército salió por divisiones de la ciudad de Ayacucho para la provincia de Los Morochucos, dejando a la izquierda el camino directo y principal del Cuzco, donde se encontraba el ejército enemigo. Unos pocos días se mantuvo el nuestro en varios pueblos de indios, donde el general Sucre empezó a tener noticias del enemigo, aunque no de un modo satisfactorio. Se supo al fin por el espionaje que el general Canterac con su división había llegado al Cuzco y que allí, uniéndosele la del general Valdés, que había vuelto derrotada del Alto Perú, se organizaba un ejército para salir a campaña.

A principios de noviembre, los espías anunciaron al General en Jefe que el ejército español había salido del Cuzco a las órdenes del mismo virrey La Serna (que personalmente quiso dirigir las operaciones de la

6 Río caudaloso que divide los departamentos de Ayacucho y el Cuzco; corre por entre escabrosísimos cerros y riscos escarpados.

campaña para evitar cierta rivalidad entre Canterac y Valdés) y que con un número considerable de tropas venía sobre nosotros.

El ejército unido se movió entonces por intervalos como a encontrarlos hacia la provincia de Huaylas, saliendo las divisiones por diferentes caminos con dirección a un punto dado, mientras el General en Jefe, con un piquete de caballería, quiso ir personalmente a descubrir al enemigo y calcular su fuerza.

A los siete días, el ejército se reunió en un pueblecito de indios situado en una cañada, en medio de unos cerros de bastante altura. Por varios espías se supo aquí, de un modo positivo, que el enemigo se hallaba a pocas leguas de distancia y ninguna noticia se tenía del General en Jefe. Los generales y jefes se reunieron en consejo a las seis de la tarde y aunque no sabían a punto fijo la fuerza que traía ya el enemigo, unánimemente se acordó que se le esperase para dar la batalla, si el General en Jefe, que por la incertidumbre de su existencia se sospechaba que había sido hecho prisionero, no se reunía antes.

A las nueve de la noche llegó el general Sucre, que por sí mismo había estado observando al enemigo muy de cerca, al que dejaba a tres leguas de nuestro campamento.

Convencido de la superioridad del ejército enemigo y conforme a las instrucciones que tenía del Libertador, se resolvió a emprender aquella misma hora una retirada en el mejor orden posible, para evitar más tarde un encuentro con el enemigo, en uno de tantos malos pasos que necesariamente debíamos atravesar a su vista.

A los tres días, el ejército unido se detuvo en unas haciendas, porque el enemigo, cuyas miras fueron siempre las de cortarnos la retirada, hacía sus movimientos por uno de nuestros flancos discurriendo una extensión más dilatada. En estas haciendas se inspeccionó el ejército, y reunido por divisiones en gran parada, el General en Jefe quedó satisfecho del ardor y entusiasmo que brindaba en el semblante de cada soldado.

El enemigo se aproximó a los cinco días, y el ejército unido continuó sus movimientos estratégicos hasta el pueblo de Talavera. Dos días después se acampó en las inmediaciones de un pueblecito de indios situado a las del río Pampas, donde se avistó el enemigo, que habiendo redoblado su marcha nos esperaba en una altura de la orilla opuesta,

ventajosamente situado. Algunas guerrillas de caballería, que de su descubierta pasaron el río, se tirotearon con las nuestras; pero sin comprometerse por una ni otra parte.

A los tres días, el ejército unido varió de posición a la sabana de Bombón y acercándose a la orilla del río donde permaneció tres días más, esperó un momento favorable para atravesarlo sin riesgo, por un puente de bejucos construido al uso común de aquel país, por la falta de maderas. Al cabo de este tiempo el enemigo aparentó retirarse y aprovechando esta ocasión pasó todo el ejército, cuya vanguardia y centro, sin detenerse un momento, ocuparon la altura. La retaguardia, con el general Lara, que a pesar de sus esfuerzos no pudo llegar a la cumbre, tuvo que pernoctar aquella noche en media cuesta; pero poniéndose en marcha a las cuatro de la mañana el día siguiente, 2 de diciembre, se reunió al ejército a las nueve de ella en la pampa de Matará. Como media hora después se presentó el enemigo, situándose en una pequeña loma, casi a tiro de fusil, sobre el mismo camino que traían nuestras tropas. El ejército unido, que había formado pabellones en el campo, tomó inmediatamente las armas y con inexplicable prontitud ocupó una línea de batalla en campo raso.

El General en Jefe creyó llegado el momento preciso de comprometer la batalla y en el acto dispuso que saliese el coronel José Laurencio Silva (hoy general) con un escuadrón de carabineros a provocarlos con algunos tiros; pero el enemigo, a pesar de que contaba con doble fuerza y que el terreno era desigual para los dos ejércitos, no tuvo valor para presentar el pecho a las balas, en esta ocasión. En esta actitud permanecemos todo el día y a cada instante parecía que se reanimaba el valor de nuestros soldados. El ejército del Perú, que ocupaba el centro, pidió a voces altas la vanguardia y cada soldado se disputaba la preferencia de entrar a cual primero en el combate.

Si algunos de los grandes capitanes que han existido sobre la tierra han podido gloriarse alguna vez del entusiasmo de sus tropas, el general Sucre podía haberlos desafiado sin rubor y convidarlos a que hubieran sido testigos de la escena que se representaba en Matará.

La noche se avanzó sin que ocurriese nada. El ejército unido varió la línea y se mantuvo con las armas en la mano vigilando por divisiones durante la noche, para evitar una sorpresa, porque esta había sido la táctica constante del enemigo en sus campañas anteriores.

Al día siguiente se aguardó algún tiempo que el enemigo se moviese sobre nuestra línea y que comprometiese la batalla, mas esta esperanza quedó burlada, porque a las diez de la mañana, su movimiento se ejecutó por el flanco izquierdo corriendo la cima de la misma loma que ocupaba, como para cortarnos la retirada en el paso de la quebrada de Corpahuaico, que continuando nuestra retirada, indispensablemente debíamos atravesar como a una legua de nuestro campo.

El General en Jefe mandó, en reconocimiento del enemigo, al sargento mayor José Bustamante, ayudante del Estado Mayor General del ejército, el cual a nuestra vista fue hecho prisionero, en la cumbre de la loma, por un piquete de caballería que le emboscaron luego que lo vieron subir.

Como el enemigo en su movimiento tenía que describir un ángulo obtuso, a doble distancia de la nuestra y por un camino más quebrado para llegar al paso de la quebrada, el General en Jefe no dudó que llegaríamos primero que él y haciendo desfilar el ejército por la derecha, con la izquierda en cabeza emprendió su retirada, pero este movimiento fue ya tarde, porque el general Valdés con cuatro batallones de tiradores, desde las cuatro de la mañana había marchado sin ser visto por detrás de la loma y se encontraba apostado a la sombra de unos pequeños bosques en las inmediaciones del paso de la quebrada. A nuestra vanguardia, sin embargo, la dejaron pasar tranquilamente. Una compañía de cazadores quedó en lo más alto de la loma que atravesamos, para descender al paso de la quebrada, con el objeto de observar al enemigo a quien hacíamos más distante; pero cuando el ejército del Perú descuidadamente llegó al paso y que nuestra retaguardia iba subiendo la cuesta para bajar a la quebrada, un batallón de cazadores, apoyado por tres cuerpos en masa, desplegando en guerrillas salieron de los bosques y nos cargaron por diferentes puntos en lo más escabroso del terreno. La compañía de cazadores que dejó apostada la vanguardia sostuvo el primer encuentro; otra compañía de la misma del ejército del Perú la reforzó inmediatamente y juntas protegieron el paso de este, que iba desfilando y se retiraron con él, el cual igualmente las protegió con sus fuegos luego que se halló al lado opuesto de la quebrada, logrando también pasar con poca pérdida. El General en Jefe mandó inmediatamente que el Batallón Rifles de la División de Reserva trepase la loma y que desplegase en guerrillas para proteger la caballería, el parque general y la retaguardia, que habían

tomado un camino a la derecha para pasar la quebrada por otro punto más abajo del paso principal, que ya estaba ocupado por el enemigo. Cuando la retaguardia llegó al principio de la bajada para caer a la quebrada, toda la caballería, sus madrinan de mulas y caballos y el parque general se hallaban agolpados en masa, porque no podían bajar sino desfilando de uno en uno por lo estrecho del camino y tuvo que detenerse largo rato.

El Batallón Rifles (cuyo comandante en nada pensaba menos que en batirse) venía desfilando en la cabeza a la izquierda, con sus fusiles enfundados y sin carga. A la primera voz empezó a subir la loma por compañías quitando las fundas y cargando sobre la marcha; pero cuando iba llegando a la cumbre, el enemigo, que ya descendía de ella, cargó sobre él, y apenas pudo al principio sostenerse con vigor; luego, esforzándose un poco, logró subir a la cima, donde sostuvo un fuego vivo hasta que pasaron parte de la caballería y la infantería de retaguardia, mas no le fue posible resistir al mayor número, que en todas direcciones lo cargaba, y poco tiempo después fue arrollado, descendiendo parte del batallón por una peña de bastante altura al lado de la quebrada, perdiendo en este encuentro la mitad de su fuerza y al mayor del batallón, que peleando cuerpo a cuerpo con su sable en la mano terminó su existencia. El general Lara destacó la compañía de cazadores de Vargas para proteger sus restos, que lograron pasar bajo sus fuegos.

A pesar de todos los esfuerzos de nuestros tiradores para resistir aquel ataque brusco e inesperado, no se pudo salvar el parque general, un cañón de artillería y las madrinan de mulas y caballos, que fueron tomados por el enemigo al entrar al desfiladero de la bajada. El Regimiento de Granadinos Montados de los Andes y un Escuadrón de Granaderos de Colombia, viéndose cortados, tuvieron que desfilan por encima de unos cerros sumamente quebrados y sin camino, en busca de otro paso para atravesar la quebrada; pero el primero no pudo volver a incorporarse al ejército hasta después de la batalla de Ayacucho.

Sin embargo de que todo el terreno que ocupaba la retaguardia estaba cercado por las balas del enemigo, todos los cuerpos conservaron el mejor orden en la retirada. Pasada la quebrada, su marcha se ejecutó en masa, al paso regular, con arma a discreción y sin comprometer más tropa que los tiradores que protegían el movimiento. El enemigo, al ver esta serenidad, ha confesado posteriormente que desde aquel día desconfió de alcanzar la victoria.



El ejército unido, con una pérdida considerable de muertos, heridos y prisioneros y más que todo de dispersos, ocupó la altura sin hacer caso de las guerrillas enemigas que sostuvieron un fuego vivo y a la carga hasta más de las siete de la noche que se retiraron. A esta hora se trazó la línea, el ejército la cubrió y se acostó a descansar de su abrumante tarea.

Al día siguiente por la mañana se hizo más sensible nuestra pérdida, porque faltaba un número de tropas que no era calculable. Nuestro hospital solo contaba noventa y tres heridos y, no obstante, se echaban de menos en cada uno de los cuerpos, desde veintidós hasta quinientos hombres, sin contar con la caballería dispersa. El General en Jefe se acusaba a sí mismo de esta falta, se echaba en cara la dilación con que había ejecutado el movimiento de la víspera por demasiada confianza y aun fui testigo de la aflicción que sentía su corazón.

Calmado un poco este movimiento por algunas juiciosas reflexiones de los otros generales, el General en Jefe ordenó que saliesen unas guerrillas de tiradores a provocar al enemigo, que se hallaba situado al lado opuesto en el paso de la quebrada y que otras con el mismo pretexto hiciesen varios tiros por el lado abajo de la quebrada, para ver si se lograba reunir algunos dispersos. No fue infructuosa esta medida, porque a los tiros salieron muchos soldados de los que se habían dispersado, y oídos que fueron por el Escuadrón Granadino de Colombia le sirvieron de señal para buscar el ejército.

El enemigo contestó también con algunos tiros de sus cazadores y pasó en movimiento una división por su flanco izquierdo como a cortarnos la retirada. El General en Jefe hizo que el ejército unido, por columnas en masa, se pusiese en marcha por toda la pampa de Matacangallo con la firme resolución de dar la batalla en el primer encuentro.

Aquel día por la mañana se nos reunieron en el camino algunos dispersos y como a las dos de la tarde, al llegar al lugar que se calculó propio para esperar al enemigo, se incorporó el Escuadrón Granadino de Colombia, con el coronel Carvajal que mandaba el regimiento. Ya entonces se reanimó mucho la esperanza del General en Jefe, nuestra pérdida no era tan considerable como al principio se creyó, y llegando al campo se trazó la línea de batalla y se esperó que llegase el enemigo para que la ocupase el ejército, el cual acampó por divisiones en masa.

El enemigo, que viéndonos abandonar la altura de la quebrada se había puesto en movimiento como a las nueve de la mañana por el mismo camino, se reunió con la división que había salido por su flanco izquierdo como a la una de la tarde y se acampó también como a las tres y media a corta distancia de nuestro ejército en la misma pampa.

En vano se esperó que nos buscara aquella tarde; parecía más intimidado con el triunfo del día antes, porque a la verdad nuestra posición no era ventajosa y sin embargo tuvo recelo de acercarse, como lo había hecho la otra ocasión en Matará.

Aunque se había resuelto dar la batalla en aquel punto, otras consideraciones obligaron al General en Jefe a variar de cálculo. El ejército hacía tres días que no comía; se hallaba fatigado y necesitaba descansar; no teníamos provisiones, era necesario buscarlas en otra parte y, a más de esto, se esperaba con sobrado fundamento que repasando la quebrada de Corpahuaico se reuniese el Regimiento de Granaderos de los Andes, o tal vez recibir algún refuerzo de tropas de la costa que tenía tiempo suficiente para llegar al ejército. Por todas estas razones se resolvió a continuar la retirada, pero se presentaba otro inconveniente.

A corta distancia de nuestro campo, siguiendo el camino general que llevábamos, teníamos que pasar un desfiladero, por entre unos cerros y riscos escarpados. El enemigo se hallaba con nosotros y podía aprovecharse de nuestra situación para destruirnos. En tales circunstancias, no quedaba otro arbitrio que variar de dirección, repasar la quebrada de Corpahuaico que nos quedaba en la retirada a la derecha, y aunque el camino no era tan ancho como el principal tenía menos desfiladeros y el campo abierto nos ofrecía la ventaja de llegar por varias direcciones al paso de la quebrada.

Con estas miras se buscaron conductores o guías prácticos del terreno y poniéndole uno a cada división, el ejército se puso en marcha a las diez de la noche por tres distintos caminos y en el mayor silencio. A las cinco de la mañana del día siguiente, 5 de diciembre, cuando ya todo el ejército se hallaba al otro lado de la quebrada, se le presentó al General en Jefe el comandante Medina, edecán del Libertador, que venía de la costa con varias comunicaciones oficiales. El general Sucre empezó a informarse por este de su contenido antes de abrirlas, y continuando la marcha hasta

un pueblecito inmediato donde se habían reunido algunos víveres para racionar el ejército, acampamos a las seis de la mañana, dejando al enemigo a más de cuatro leguas.

El general Valdés, que mandaba la vanguardia del ejército enemigo, vino esa misma noche con ella a las dos de la mañana sobre el campo que acabábamos de abandonar creyendo sorprendernos, y viéndose burlado trató de perseguirnos por el camino principal calculando alcanzarnos en el desfiladero; pero quedó confundido al encontrar desierto el camino, sin saber el que habíamos tomado, hasta las diez que divisaron las hogueras de nuestro campamento.

El Libertador en sus comunicaciones le anunciaba al general Sucre que no debía contar con más fuerza para la campaña y le hablaba extensamente sobre varias ocurrencias que habían tenido lugar en la costa, de las que nos ocuparemos por un momento para hacer conocer más propiamente nuestra situación y la previsión con que había obrado el Libertador, volando a la costa para salvar los auxilios de Colombia, las tropas que había en ella y aun el mismo ejército.

Al abrirse la campaña, había prevenido al coronel Luis Urdaneta desde Huaraz, que como fuesen saliendo curados los enfermos de los hospitales que quedaban a retaguardia fuese formando compañías; que cuando tuviera más de mil hombres disponibles, entre ellos cincuenta o cien hombres de caballería, bien montados, ocupase la capital de Lima y que procurase encerrar los enemigos en las fortalezas del Callao mientras que el almirante Guise, con la escuadra que se armaba en la costa, y él, con más tropa por tierra, estrechaban el sitio.

El coronel Urdaneta cumpliendo con esta disposición, luego que tuvo más de mil hombres marchó para Lima y ocupó la plaza que el enemigo abandonó inmediatamente, encerrándose en las fortalezas distantes dos leguas de la capital. Para reducirlo al recinto de sus murallas, destacó alguna tropa en el pueblo de Bellavista, que dista un cuarto de legua de las fortalezas y se mantuvo en esta posición.

El enemigo, que al principio ignoraba el número de tropas que tenía el coronel Urdaneta, llegó a informarse a fondo de su fuerza y conociendo que era sumamente inferior en número a la suya hizo una salida de las murallas y lo batió, al mismo tiempo que el Libertador llegaba para salvar milagrosamente el resto de la fuerza y las que se esperaban.

Este revés vino a ser de importancia, porque no había cómo auxiliar al ejército que se hallaba en campaña. El general Salom y las tropas que se esperaban de Colombia no habían llegado, ni se tenía noticia cierta de su venida; no obstante, el Libertador las aguardó impaciente algunos días más, ocupándose, entre tanto, en organizar los restos de las del coronel Urdaneta para cubrir los puntos más importantes de la costa.

La escuadra peruana había tenido en la costa un encuentro con la del coronel Bruzeta y bien descalabrada se había refugiado en Guayaquil. El Libertador que desconfiaba del almirante Guise como partidario aferrado de Riva Agüero, le quitó el mando de la escuadrilla, confiándoselo al comodoro de Colombia, Juan Illingrot. Este jefe, mandando las escuadri-llas de Colombia y el Perú y uniéndose posteriormente a la de Chile, que a las órdenes del vicealmirante D. Manuel Blanco Encalada vino de auxilio, cooperó activamente al sitio y rendición de las fortalezas del Callao.

No habiendo mejorado de situación hasta el mes de noviembre, el Libertador se convenció de la imposibilidad en que se hallaba de poder mandar refuerzos al ejército, y reflexionando que cuanto más durara este sin recibirlos tanto se disminuiría necesariamente sin esperanza de aumentarse se resolvió a buscar en la suerte de las armas el resultado de la campaña.

Su presencia era tan indispensable sobre Lima cuanto que ella sola estaba conteniendo a los enemigos, sola podía salvar los refuerzos de Colombia y sola salvarnos a todos de quedar sepultados en el Perú, en el caso de un revés en la campaña del interior.

Sin esperar más tiempo, mandó expedir una orden terminante al General en Jefe previniéndole que cualquiera que fuese su posición y la del enemigo aventurase una batalla, bajo el concepto de que no debía reparar en el mayor número, ni en atrincheramientos, ni fortificaciones si las tenían y que en todo caso debía buscarlo para batirlo. A esto se redujeron las comunicaciones que el comandante Medina entregó al general Sucre.

El General en Jefe, que estaba resuelto a cumplir con las instrucciones anteriores, fundadas en la enorme desigualdad de las fuerzas nuestras, que comparadas con las del enemigo eran apenas la mitad y que solo podían salvarse por la habilidad de su general, y en el último caso, por

el valor heroico del ejército unido, pensaba retirarse hasta Huancavelica dejando el camino principal a la izquierda y contaba ya con que el enemigo no nos podía alcanzar aunque redoblase la marcha; pero instruidos todos los generales del ejército de la nueva disposición del Libertador, no se pensó en otra cosa que en buscar un terreno para el campo de batalla. Así fue que el ejército, después de haber comido, se puso en movimiento aparentando continuar la retirada a paso regular, y a las seis de la tarde se acampó por divisiones en masa sobre el mismo camino que llevaba.

El enemigo, saliendo aquel día de la pampa de Matacangallo, ocupó una altura casi al frente de nuestro campamento; pero bien distante y separado por unos elevados peñascos que se levantaban perpendicularmente a la orilla de la quebrada de Corpahuaico.

Al otro día, el ejército unido continuó su aparente retirada hasta el pueblo de Quinua. El General en Jefe personalmente recorrió todo el campo y escogió una sabaneta en la parte inferior del pueblo para sitiarse. Inspeccionado el terreno escogido, se trazó la línea, el ejército la ocupó sobre la marcha y se dispuso el plan de batalla con la mayor prontitud.

El enemigo, que manifestaba un interés constante en cortarnos la retirada, antes que aclarase el día se había puesto en camino y cerca de la una de la tarde ya estaba con nosotros. Al extremo opuesto de la misma sabaneta, nos presentó un regimiento de caballería para hacernos concebir la idea de ser la descubierta y engañarnos con este movimiento, mientras su ejército al trote pasaba un desfiladero a su retaguardia y a la sombra de algunas sinuosidades del terreno. Como una hora permanecemos en esta observación. Al cabo de este tiempo, viendo que el enemigo no avanzaba, el General en Jefe mandó a reconocerlo con otro regimiento de caballería y entonces descabezando a retaguardia desfiló por la derecha y se fue a reunir con su ejército, que ya iba muy distante, satisfecho en su concepto de habernos cortado la retirada. No obstante, es necesario confesar que si el enemigo hubiera tenido tanto valor y pericia como aguante para resistir una marcha tan dilatada, al trote y por un terreno sumamente quebrado, como la que hizo este día, nuestro ejército no hubiera podido disputarle. Después de haber discurrido una extensión de más de catorce leguas, haciendo siempre sus movimientos por el flanco izquierdo y escogiendo posiciones para situarse, vino a acamparse a las cinco de la tarde en la cortada de un cerro del camino principal.

Aunque la noche se pasó tranquilamente en uno y otro campo, no dejaré de referir una pequeña ocurrencia a que dio lugar la nueva resolución de esperar al enemigo para dar la batalla.

Para que las operaciones del ejército unido se efectuasen con menos embarazo y con mayor prontitud, el General en Jefe había dispuesto, desde algún tiempo atrás, que todos los equipajes y un hospital ambulante quedasen a retaguardia, siguiendo el movimiento del ejército a bastante distancia. Cuando se emprendió la retirada, marchaban del mismo modo, dos o tres leguas adelante, y el enemigo, situándose aquella tarde antes en la cortada del cerro nos dejó interceptados. No se pasaron muchas horas sin que esto se supiera por el enemigo y al instante mandó una partida de infantería y caballería en su persecución. Esta los alcanzó en la villa de Huanta, y después de una pequeña resistencia se apoderó de los equipajes, que al momento distribuyeren entre sí y cogieron prisioneros aquellos enfermos que por el mal estado de su salud no pudieron escaparse con la fuga.

Cuando se informó el General en Jefe de este acontecimiento, ordenó al sargento mayor Rafael Cuervo, que con dos compañías de infantería y cincuenta hombres de caballería, flaqueando al enemigo por la derecha fuese a Huanta y rescatase y protegiese los equipajes y el hospital. Este oficial con las dos compañías de infantería y cincuenta Húsares de Colombia se puso en camino en el acto, llegó a Huanta, encontró la partida enemiga, la batió completamente matándole alguna gente, rescató el hospital, sus enseres y algunas caballerías; mas no los equipajes, porque ya no existían sino los miserables despojos del pillaje. Al día siguiente regresó por el mismo camino, trayendo de paso algunas reses de que teníamos necesidad.

El 7 por la mañana, el enemigo, dejando la cortada del cerro, se nos aproximó por el flanco derecho y se acampó en un terreno desigual en la falda de una loma.

El ejército unido también varió de posición aquella misma tarde. Pasando a la parte superior del pueblo de Quinua, se situó en el campo de Ayacucho con el frente al enemigo. Nada ocurrió de particular hasta el otro día.

El día 8 por la mañana se acercó el enemigo un poco más con la misma dirección y se acampó temprano, como a menos de una legua de nuestra

posición, pero separado por una cañada de bastante profundidad que pende de la cima de una elevada loma que nos quedaba a la derecha. Más tarde, levantando su campo, ejecutó sin tardanza un movimiento simultáneo por el flanco izquierdo y subiendo a la cumbre se perdió de vista aparentando descender al lado opuesto.

El General en Jefe, el general La Mar y algunos otros jefes y oficiales desde nuestro campo, con los anteojos de larga vista, estuvimos gran rato calculando su fuerza y el resultado de aquel movimiento. El general La Mar, que había militado algún tiempo con ellos y que los conocía muy de cerca, después de haber hecho varias observaciones, nos dijo:

El virrey ha tenido miedo de comprometer su ejército en el paso de la cañada, y por no atravesarla a nuestra vista se ha subido a la cumbre para descabezarla en su nacimiento y descender sobre nosotros por aquí —señalándonos con el dedo el punto de la loma más inmediato a nuestro campo—, por que su táctica se ha fundado siempre en atacar a sus adversarios desde alguna altura y rara vez se ha presentado en campo raso.

El general La Mar se fundaba, sin duda, porque hora y media después se realizó su juicio.

A las cinco de la tarde, el enemigo en masa empezó a bajar la loma por el mismo lugar que había indicado el general La Mar y, sin detenerse hasta que llegó a la falda, tomó una posición que dominaba todo nuestro campo, su artillería volante se montó con la mayor presteza y con la misma nos rompió un fuego alternativo que duró más de media hora; pero sin embargo de hallarse nuestros cuerpos formados también en masas, no recibieron el menor daño, porque sus balas pasaron por elevación.

El general Sucre mandó que se le contestasen sus fuegos con el único cañón que nos había quedado y nuestros artilleros, más diestros que los suyos, pusieron la primera bala en el centro de una columna de infantería enemiga obligándola a variar de posición. Al cerrar la noche, el General en Jefe hizo cubrir el campo con una línea de cazadores y el enemigo a su ejemplo hizo también lo mismo, quedando las dos líneas tan inmediatas que podían hablarse, como efectivamente lo hicieron los generales Monet y Córdova, que las mandaban.

A las ocho de la noche, el general Córdova solicitó permiso del General en Jefe para alarmar al enemigo con una escaramuza, y habiéndolo obtenido recogió todas las bandas de tambores y músicas del ejército, previniendo a los cuerpos que permaneciesen tranquilos aunque se rompiese el fuego sobre el campo. Las banderas y músicas fueron colocadas en distintos puntos sobre la línea y se les ordenó que a la primera señal de la corneta, los tiradores rompieran fuego graneado ganando terreno y que las bandas y músicas a la vez tocasen ataque marchando sobre el enemigo, hasta que se les indicase la retirada para volver a situarse en su posición. A eso de las nueve se hizo la señal y los cazadores, las bandas y músicas ejecutaron con viveza y prontitud la orden que se les había comunicado. El enemigo se alarmó sobremanera creyendo que todo el ejército nuestro lo cargaba y entre la confusión y desorden del momento se les dispersó alguna gente, pero luego calmó la agitación de su campo; nuestra tropa volvió a ocupar la línea, las bandas y músicas se retiraron y dormimos apaciblemente. La aurora del día 9 apareció en el horizonte iluminando los dos campos. Las cajas y cornetas haciendo retumbar los aires, comunicaron al soldado su elocuente decir. Mas suavemente las músicas, con grata variedad, llevaron hasta el corazón los dulces y melodiosos acentos de la armonía y los dos ejércitos levantaron la frente para mirarse, antes que los rayos del astro luminoso se dilataran horizontalmente sobre el campo de Ayacucho.

Pasadas las primeras impresiones que el hombre siente, necesariamente al despertar en esta posición, todo empezó a tomar un aspecto marcial. Los cuerpos fueron inspeccionados por sus jefes y formando pabellones se dispusieron a hacer el desayuno.

A las nueve el general Monet bajó a la línea, hizo llamar al general Córdova y tuvieron una corta entrevista. Muchos oficiales de los dos ejércitos, relacionados con vínculos de sangre y amistad, tuvieron el placer de verse y abrazarse, y no faltaron hermanos de distintas opiniones que al mirarse después de mucho tiempo de separación derramasen un torrente de lágrimas.

Después de esta escena tan patética, que duró más de media hora, cada uno se retiró a su campo; los dos ejércitos, sin aparentar ninguna conmoción, almorzaron con calma y con reposo, y a las once menos cinco

minutos el general Monet volvió a llamar al general Córdova para dar la batalla.

El enemigo, después de haber formado su plan, descendió en tres divisiones confiándole el mando del ala derecha al general Valdés, quedando los generales Canterac, Monet, Villalobos, Carratalá y otros a las inmediatas órdenes del virrey La Serna, que personalmente dirigía las operaciones del centro y a la izquierda. Sus cazadores, reforzados por otras compañías de la misma arma, rompieron un fuego graneado, ganando terreno y vinieron a situarse casi a tiro de pistola por nuestra ala izquierda, a las orillas de una quebradita que nos separaba. Por el centro y nuestra ala derecha, el enemigo se aproximó menos y permaneció al pie de la loma, sin querer presentarse en una corta sabaneta que le quedaba al frente y estaba calculada para que obrase nuestra caballería. Su línea, apoyada por dos baterías de artillería a derecha e izquierda de su ejército y por varias columnas en masa, se prolongaba formando un semicírculo sobre nuestro campo, que siendo sumamente estrecho no permitía que nuestros cuerpos desplegasen en batalla. Una compañía de cazadores y la guardia del virrey estaban colocadas separadas de la línea, sobre su batería de la derecha, haciendo la primera un fuego activo sobre la división del general Córdova. El terreno de nuestro campo se veía atravesado por todas partes con las balas de sus tiradores y artillería, que de momento a momento se aumentaba llegando hasta nuestra reserva, que sufría lo mismo que nuestros primeros cuerpos.

El general Sucre, con una serenidad inalterable, vigilaba desde la sabaneta los movimientos de ambos ejércitos y alternativamente hizo reforzar la línea en varios puntos. Nuestra ala izquierda, sostenida por el ejército del Perú, cargada con ímpetu por los tiradores de la división del general Valdés y combatida cruelmente por la metralla de su artillería, fue reemplazada en parte con el Batallón Vencedor, de la reserva, que desplegado en batalla sobre la línea sostuvo sus más fuertes ataques, y hasta las dos y media de la tarde se mantuvo con un furor que parecía inextinguible.

El enemigo, que hasta entonces solo había hecho uso de sus tiradores y artillería, se resolvió a comprometer sus columnas del centro y ala izquierda, tal que habiendo avanzado hasta la sabaneta fueron recibidas

por la división del general Córdova que mandaba nuestra ala derecha y en el primer encuentro las desbarató. Nuestra caballería aprovechándose de su desorden cargó a la del enemigo, que a derecha e izquierda las quiso proteger, y logrando romperla, la destrozó igualmente, envolviendo sus cuerpos, cubriendo el campo de cadáveres y haciéndoles muchos prisioneros, entre ellos al virrey. Él se había mantenido con su guardia en la batería de la derecha al pie de la loma. Pero nuestros soldados, acostumbrados a vencer por tantos años, valientes, heroicos, al resonar un ¡viva! al Libertador, se arrojaron sobre ella y se apoderaron de todo y aun del virrey.

El triunfo se decidió entonces por nosotros a impulsos del valor y del heroísmo, que luchaban contra doble fuerza; y a las cinco de la tarde nuestros depósitos contaban más prisioneros que tropas para custodiarlos, porque nuestros soldados indistintamente perseguían al enemigo en todas direcciones.

Al decidirse la batalla, los generales españoles se replegaron a su reserva, que sin hacer un tiro se puso en retirada por toda la loma; y haciendo alto a corta distancia, convinieron entregarse, tratando de sacar el mejor partido que les fuera posible en su situación, porque no les quedaba otro recurso.

A las cinco y media se presentó en nuestro campo el comandante Mediavilla, ayudante de campo del general Valdés, solicitando por el General en Jefe para proponerle una capitulación a nombre de los generales de su ejército. El General en Jefe, que deseaba poner término a los males que afligían a aquel país, se decidió a oír las proposiciones que le hacían y personalmente subió a la cumbre de la loma, donde se convinieron sobre varios puntos. A las seis de la tarde regresó con el general Valdés y en el pueblo de Quinua se extendieron las condiciones de la capitulación, que fueron concebidas poco más o menos en los términos siguientes:

Primero: Entregar todo el armamento, parques, plazas, municiones y tropas que les quedaban en todo el Perú, incluso las fortalezas del Callao. Segundo: Que a todos los generales, jefes y oficiales que no habían sido prisioneros, se les concediesen sus honores y espadas. Tercero: Que a todos los generales jefes y oficiales con sus asistentes que quisieran irse a España, se les permitiría hacerlo en el navío *Asia*, de su escuadra, que suponían en

la costa, o que se les diesen buques de transporte y medio sueldo para verificarlo. Y cuarto: Que a los oficiales americanos y españoles que quisieran quedarse en el país, no se les molestaría por sus opiniones, antes bien se les colocaría en su grado en el ejército del Perú, siempre que el Gobierno los conceptuase útiles para el servicio.

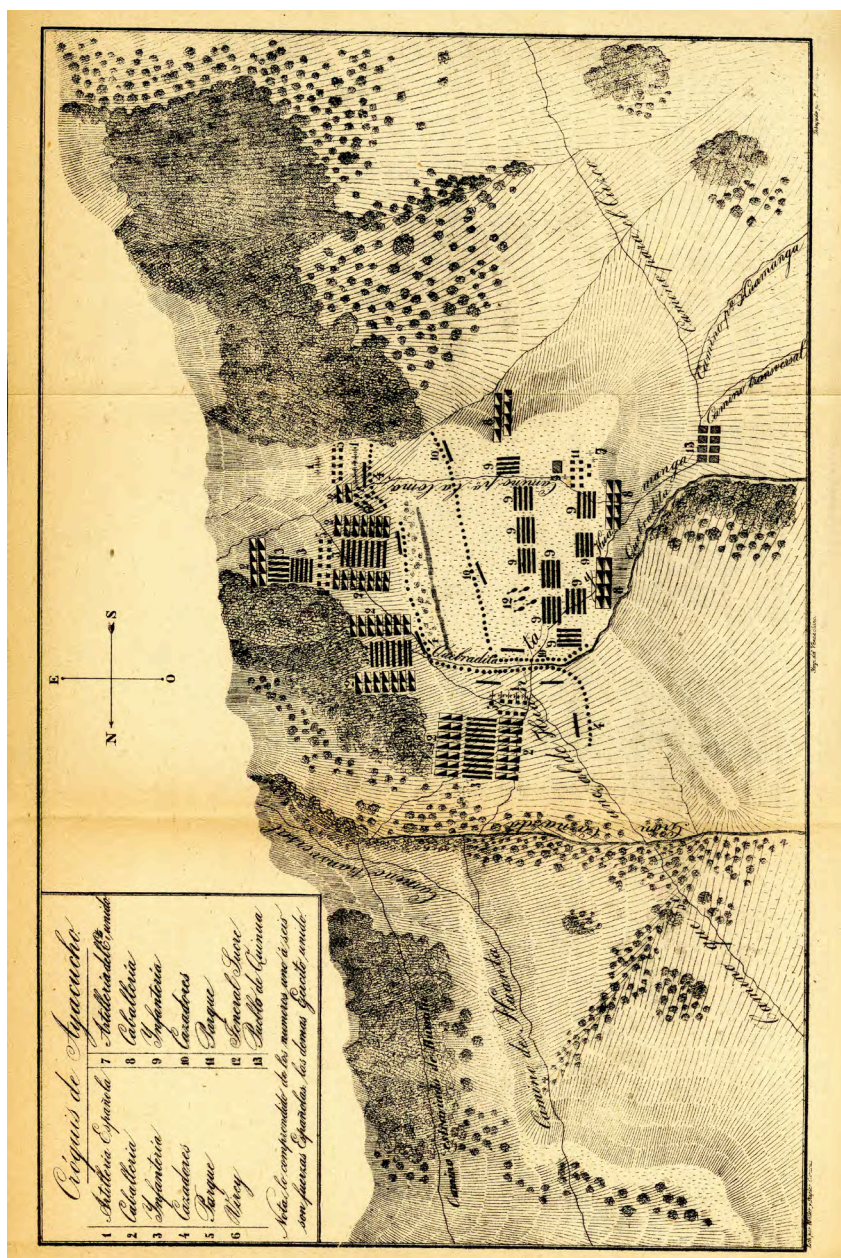
Concluido este convenio, el general Valdés volvió a su campo, y al día siguiente se presentó con los otros generales a firmar la capitulación, lo cual se efectuó aquel mismo día, quedando en nuestro poder, por consecuencia de la batalla y de los tratados, catorce generales, sesenta coroneles, trescientos y tantos jefes y oficiales, sobre tres mil prisioneros de tropa y como cinco mil entregados por la capitulación, incluso tres mil cuatrocientos setenta y ocho de las guarniciones. Aunque su fuerza disponible en Ayacucho alcanzaba a nueve mil trescientos diez hombres, que fueron batidos por cinco mil setecientos ochenta de nuestros valientes, no perdieron arriba de dos mil cuatrocientos entre muertos y heridos. Mucha parte de su tropa, que eran hijos del país, abandonando sus fusiles y fornituras en el campo, se escaparon furtivamente aprovechándose de la ocasión que se les presentaba para volver al seno de sus familias, de donde habían sido arrancados por la fuerza.

El general Rodil con su división, compuesta en la mayor parte de la pérfida tropa (no colombiana), que a principios del año había desertado de nuestras filas, convirtiéndose en instrumentos de oprobio y opresión, no quiso someterse a las condiciones de la capitulación celebrada en Ayacucho y permaneció por más tiempo ocupando las fortalezas del Callao con la esperanza de recibir auxilios por mar, con el general Echeverría.

El ejército unido se movió a los cinco días del campo de Ayacucho para la ciudad de Huamanga, que nos quedaba a siete leguas, llevando consigo un hospital considerable de heridos de ambos ejércitos, los prisioneros y capitulados y cuantos elementos de guerra quedaron en nuestro poder. Allí se reformaron los cuerpos del ejército con los prisioneros y capitulados, se hicieron varios arreglos para marchar sobre el Alto Perú, ocupado por las tropas del general Olañeta, y se les dio pasaporte a los

generales, jefes y oficiales españoles que lo solicitaron para pasar a la costa con el objeto de embarcarse.

El 24 de aquel mes el general Sucre se hallaba en el Cuzco, en cuya ciudad se encontró con el estandarte de Pizarro, que hacía tres siglos se mantenía depositado en la catedral, y el 10 de enero siguiente todo el ejército unido se hallaba allí reunido. Pocos días después, la división del general Córdova y el ejército del Perú ocuparon el departamento de Puno, quedando la división del general Lara en la provincia de Lampa.



La presencia del ejército libertador en aquellos lugares, inspiró en los habitantes un sentimiento de amor patrio, y el general Alvarado y los demás generales y oficiales que se hallaban prisioneros en la isla de Esteves, en Chucuito, tuvieron la fortuna de adquirir la libertad y de volver a sus filas.

Libre el Bajo Perú de sus enemigos y con un ejército suficiente para sostener su independencia, no le restaba otra cosa que llevar sus glorias hasta el Alto Perú y constituirse de un modo permanente.

El General en Jefe, que conceptuó innecesaria toda la fuerza del ejército para destruir los últimos restos del enemigo, dispuso desde Puno que el general Lara con su división pasase del cuartel a la ciudad de Arequipa, situada en la costa del sur, mientras que la división del general Córdova y el ejército del Perú, pasando el Desaguadero, buscaban las tropas del general Olañeta para batirlas en el primer encuentro.

En el mes de febrero, el general Lara marchó con su división para Arequipa, a donde acabó de llegar el 3 de marzo, y el General en Jefe, pasando el Desaguadero con el resto del ejército, llegó a la ciudad de La Paz el 8 de febrero.

El general Olañeta, que mantenía un pequeño ejército repartido en dos divisiones, se dispuso a reconcentrar sus fuerzas en un punto para esperar las nuestras, y desde Cochabamba ordenó al coronel López Medinaceli, comandante general de una de sus divisiones, que marchase al cuartel general con la de su mando. Este jefe, que era hijo del país y que conocía su difícil posición, se convenció de su impotencia para resistir a nuestras tropas y de la justicia de la causa que sostenían los americanos, y reuniendo todos sus oficiales se decidieron a no prolongar por más tiempo las horrorosas escenas del despotismo. Bajo estos principios aparentó obedecer la orden del general Olañeta y se puso en camino con su división para el cuartel general y cuando se hallaba inmediato a la otra división que también venía en su busca para reunirse, se pronunció el 30 de marzo por la libertad e independencia de su patria, en Chicas, y el 1.º de abril le presentó batalla a la otra división en Tumusla, batiéndola completamente, quedando muerto en el campo el general Olañeta, que obstinadamente perdió la vida en aquel combate.

En la ciudad de La Paz recibió el General en Jefe el parte de esta ocurrencia inesperada y asegurado del triunfo de la opinión, que despertó

en aquel suelo con entusiasmo, ocupó tranquilamente todo el Alto Perú repartiendo las tropas de cuartel en varios pueblos.

El Libertador, que había formado una división en la costa con el resto de los hospitales y algunas tropas que llegaron de Colombia, había ocupado a Lima el 10 de diciembre, y con el mayor interés se consagró a poner un sitio riguroso a las fortalezas del Callao.

El general Salom, que llegó posteriormente de Colombia, tomó el mando de las tropas por tierra; y el vicealmirante D. Manuel Blanco Encalada, que con una escuadrilla había venido de Chile en auxilio de la Escuadra Unida, o combinada, el de las de mar, quedando a sus órdenes el comodoro de Colombia, Juan Illingrot.

Reanimado el espíritu público de todos los habitantes del Perú y llenos de confianza, todo lo aguardaban del Libertador, quien en el mes de abril quiso recorrer personalmente todo el país y saliendo de la capital por la costa fue visitando aquellos pueblos, revisando sus tropas y recibiendo en todas partes los honores del triunfo y los halagos de un tierno reconocimiento. En varios lugares se representaron algunas escenas tan patéticas, que llegaron a humedecer los ojos de este guerrero afortunado; entre ellas hay algunas que merecen, sin duda, un lugar en la historia y estoy cierto que no faltará una pluma que pueda describirlas; mas yo solo referiré una de que fui testigo.

En el mes de mayo llegó el Libertador a la ciudad de Arequipa, donde se encontraba de cuartel la división del general Lara. Fue recibido como se debía esperar de una ciudad tan populosa y cuyos habitantes exceden en ilustración a otros pueblos de la América del Sur. Toda la oficialidad se dirigió a felicitarle a su alojamiento. Un inmenso concurso de personas notables, las autoridades civiles y militares, el obispo y Cabildo eclesiástico, los comerciantes y muchos extranjeros ocupaban el patio, los corredores y las piezas de la habitación que le habían destinado. Alternativamente le fueron dirigiendo varios discursos elocuentes, a que S. E. contestó con fuego y entusiasmo, brillando en sus ojos un aire de satisfacción inexplicable. Cuando en medio del alborozo que reinaba allí, se vio venir haciéndose campo por entre la multitud a un respetable sacerdote, a quien seguían modestamente dos jovencitas de extremada belleza, de edad como de once a doce años, ricamente vestidas

y adornadas con prendas de exquisito valor. Detrás de ellas venían también dos o tres criadas bien vestidas, que conducían bajo sus paños unas grandes palanganas de plata. Luchando con el numeroso concurso de gente que se oponía a su paso, llegaron al fin al corredor principal donde el Libertador permanecía en pie. Las dos jovencitas se adelantan, hacen a sus criadas que pongan a las plantas del Libertador las palanganas de plata que llevaban, entre las cuales se veían algunas prendas de oro y plata y una cantidad de monedas acuñada de uno y otro metal. La una y la otra, sucesivamente, le dirigen un discurso tan tierno y tan patético, que conmoviendo sensiblemente a aquella reunión numerosa de personas solo se veían descender por las mejillas de los concurrentes las lágrimas que una fuerte emoción había arrancado de sus ojos. Las jovencitas pertenecían a una familia distinguida, eran educandas del colegio de aquella ciudad, que con su capellán habían venido a ofrecer al Libertador aquellas prendas y dinero, para que las distribuyera entre los soldados que habían dado la Libertad a su patria. En la alocución que le dirigieron le manifestaron que aquellas prendas y dinero eran el fruto del trabajo personal de ellas y sus concoleas, que no pertenecían al colegio ni a persona alguna y que pudiendo disponer libremente de aquellos intereses, los únicos que poseían, los ofrecían por prueba de su gratitud y en recompensa de sus fatigas a sus libertadores, a quienes conceptuaban dignos de disfrutar de cuanto ellas tenían, exigiéndoles tan solo que se les permitiese reservar el dote de la naturaleza, ¡la libertad! Al pronunciar estas últimas palabras se despojaron de todas las prendas con que iban adornadas y las unieron a las otras para hacer más cuantiosa la ofrenda. Las mejillas de estas dos criaturas celestiales se encendieron como sonrojadas al mirarse desnudas de sus alhajas y las gracias encantadoras de la naturaleza se presentaron con todo su esplendor, sin los adornos ni atavíos del arte. El mismo Libertador, enternecido y con una voz entrecortada, les contestó su discurso ofreciéndoles que quedarían satisfechos sus deseos, y asegurándoles que los que habían arrostrado los peligros y expuesto su vida por la libertad consagrarían gustosos su existencia a formar las delicias y hacer la felicidad de la más preciosa parte de la especie humana.

En esos quince años de combates por la libertad, vuestra suerte ha estado constantemente alimentando el valor de nuestros soldados. ¡¡Las hijas de la América sin patria!! ¡¿Qué?, ¿no había hombres que la conquistaran?!! Esclavos vuestros padres... por esposos, humildes esclavos... ¡esclavos también vuestros hijos! ¿Hubiéramos podido sufrir tanto baldón? No, antes era preciso morir. Millares y millares de nuestros compañeros han hallado una muerte gloriosa combatiendo por la causa justa y santa de vuestros derechos y esos soldados, que hoy reciben de vuestras manos un premio celestial, vienen desde las costas del Atlántico buscando a vuestros opresores para vencerlos o morir. ¡Hijas del Sol, ya sois tan libres como hermosas! Tenéis una patria iluminada por las armas del ejército libertador; libres son vuestros padres y vuestros hermanos; libres serán vuestros esposos y libres daréis al mundo los hijos de vuestro amor.

El Libertador era hombre tan extraordinario en la elocuencia de sus discursos como en la extensión, rapidez y seguridad de sus campañas y como en el valor en los campos de batalla; pero pocos días serían más elocuentes que en el de su recibimiento en Arequipa.

La tropa agradecida a la tierna manifestación de las educandas, no tardó mucho en corresponderla. El estado del tesoro nacional había obligado al General en Jefe a retener en cajas parte del haber que mensualmente devengaba el ejército durante la campaña y con este motivo tenía un alcance que le iba a ser satisfecho en esos días; mas esta tropa..., sí, estos soldados, ejemplo y modelo de virtud y generosidad, no quisieron recibir el dinero que les correspondía. Se presentaron a sus jefes exigiendo que sus haberes se distribuyesen entre las educandas y los huérfanos, de los cuales hay una gran casa establecida en aquella ciudad. Sus deseos fueron satisfechos inmediatamente.

El Libertador siguió al Cuzco, La Paz, Cochabamba, Potosí y en el mes de diciembre se hallaba en la ciudad de La Plata, hoy capital de Bolivia, donde libremente se reunieron los diputados de todas las provincias del Alto Perú para deliberar sobre su suerte futura. Esta Asamblea General acordó formar del Alto Perú una república, bajo los auspicios de su Libertador, interponiendo sus respetos y consideraciones, para constituirse sin intervención de las dos repúblicas limítrofes, a quienes

pertenecían antiguamente aquellos pueblos. No faltó alguna oposición en la República de Buenos Aires y aun repugnancia en la del Bajo Perú, pero al fin, cediendo estos gobiernos en obsequio de su mediador, tuvieron la fortuna de erigirse en Estado separado y constituidos legalmente. Para dar una prueba de gratitud a su protector, le dieron el nombre de Bolivia, nombrando de presidente de la nación al general Sucre.

Durante la ausencia del Libertador de la capital quedó establecido allí un Consejo de Gobierno, con quien se entendía el general Salom, que por todos los medios posibles activaba las operaciones del sitio del Callao. De día en día se fue mejorando la situación del ejército sitiador, al paso que se le escaseaban los recursos a los sitiados. A mediados del año, el general Rodil, que no tenía los medios suficientes para mantener su escuadrilla, la que, por otra parte, tampoco era capaz de oponerse a la del Perú, Colombia y Chile unidas, se resolvió a mandarla a la Península en busca de refuerzos y después de haber remontado algunos grados del sur, a cierta altura, se sublevó la tripulación y marineros del navío *Asia* y se presentaron con él al Gobierno de México, exigiendo por este hecho que se les abonasen sus sueldos devengados y que entregarían el buque, a lo que accedió el Gobierno, muy gustoso. El mismo ejemplo siguió el bergantín *Aquiles*, presentándose del propio modo al Gobierno de Chile y solo la corbeta continuó su viaje a España a llevar a su monarca tan desagradable noticia. La ausencia de la escuadrilla española de nuestras costas obligó al Consejo de Gobierno a disminuir la escuadra sitiadora, que con buques más que suficientes no hacía otra cosa que aumentar los gastos del tesoro nacional sin producir ventaja alguna, y con este motivo, dándole las gracias al vicealmirante Blanco Encalada por su activa cooperación y servicios, se le mandó hacer el ajustamiento a la escuadra, se le abonó su haber y se le ordenó que entregase el mando al comodoro de Colombia Juan Illingrot, permitiéndole retirarse a Chile con la de su mando.

El general Salom, el 15 de julio había invitado al general Rodil para que por medio de una capitulación honrosa pusiese término a los males que afligían a la guarnición y vecindario del Callao; pero este general le contestó el 17, negándose a toda transacción, haciendo valer por pretexto su honor

y reputación. Las hostilidades continuaron y el 11 de enero del año siguiente de 1826, en que el general Rodil se encontraba rigurosamente estrechado y sin esperanza de recursos y en que se esperaba al Libertador de un día a otro, exigió del general Salom se le permitiese enviar un oficial a bordo del comodoro inglés en la isla, para informarse por los papeles públicos del estado de Europa. Concedida esta demanda e impuesto de cuanto deseaba saber, ofició el 13 proponiendo que se nombrasen comisionados para celebrar tratados. Después de varias comunicaciones relativas a este objeto, el general Salom, autorizado de antemano por el Libertador y luego por el Consejo de Gobierno, nombró por su parte al comodoro de Colombia, Juan Illingrot, y al teniente coronel del Perú, D. Manuel Larenas, como comisionados, llevando de secretario al sargento mayor D. Francisco Gálvez. El general Rodil nombró por la suya a los tenientes coroneles D. Francisco Duro y D. Bernardo Villazón, sirviendo de secretario el teniente D. Manuel Domínguez. Reunidos estos el 18 en una barraca de toldos situada entre los sitiadores y sitiados, se celebró una capitulación que nos volvió las fortalezas del Callao, que hacía dos años nos había arrancado la más negra perfidia.

El 25 de enero a las ocho y media de la mañana, el ejército sitiador ocupó las fortalezas del Callao y el brigadier D. José Román Rodil, después de haber hecho la entrega, acompañado de los jefes y oficiales que lo quisieron seguir, entre ellos el traidor Moyano, que hizo parte de su comitiva, se embarcaron en un buque inglés para dirigirse a la Península.

El Libertador, que regresó del Alto Perú, hizo su entrada en Lima el 7 de febrero, en medio de las aclamaciones de un pueblo entusiasta por su libertad y bien puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que quizá no se presentará en América otro acto donde hayan brillado como en este, mezclados con el contento y la alegría, el lujo, la magnificencia y esplendor. A su llegada, su primera disposición administrativa fue decretar la reunión del Congreso del Bajo Perú.

Reintegrado todo el territorio y sin un enemigo a quien combatir, el Congreso se reunió libremente y ante esta augusta representación puso el Libertador la facultad dictatorial que dos años antes se le había conferido, y solicitó permiso para retirarse a Colombia con su ejército, dejándoles la libertad como se la había ofrecido.

El Congreso del Perú en sus primeras sesiones nombró de presidente de la República al general La Mar, que concluida la campaña se había retirado a Guayaquil. Decretó un millón de pesos en favor del ejército y otro en favor del Libertador, en prueba de su reconocimiento, y se negó a concederle el permiso que solicitó para retirarse a Colombia con el ejército, interesando grandes consideraciones de conveniencia mientras se consolidaba el país de un modo permanente; ¡pero ojalá que el Congreso hubiera sido menos previsivo y que el Libertador y su ejército hubieran regresado a su patria concluida la campaña! Su gloria habría sido más espléndida, los peruanos llevarían sobre sí un enorme peso de gratitud y Colombia misma mantendría su poder y su grandeza.

Dos repúblicas hijas de nuestras victorias se levantaron en el Perú, ocupando un lugar entre las naciones del Nuevo Mundo; mas no era la independencia la obra más importante. La felicidad de los pueblos depende necesariamente de sus leyes y de la marcha del Gobierno que sabe acomodarse a sus necesidades y situación.

Las ambiciones personales y los esfuerzos de los enemigos encubiertos del orden público pretendieron esparcir presunciones injustas en varias fantasías acaloradas y tramaron una conjuración en la capital contra el Libertador. Los Mariátegui se pusieron a la cabeza de ella, contando con el apoyo de algunos generales auxiliares, algunos otros jefes y varios oficiales y aun tropas del Perú; pero fueron descubiertos por un oficial colombiano, y el 28 de julio fueron reducidos a prisión los cabecillas y unos pocos de los cómplices, entre los que se contaban a los generales Necochea y Correa, del ejército de Buenos Aires, y Alvarado del de Chile. Sin embargo de haber sido convictos y confesos, no sufrieron otra pena que la de ser deplorados algunos cómplices para Chile.

El día 18 de este mismo mes había llegado a Lima la desagradable noticia de la revolución de Valencia, en Venezuela, efectuada el 30 de abril. El Libertador la recibió con un profundo sentimiento de dolor, porque entrevela que se iba a destrozar la obra de tantos sacrificios y su primer impulso no fue otro que tratar de calmar la agitación de los partidos en su patria, sin atreverse a decidir sobre la línea de conducta que debía

tomar. En esos momentos fue escrita aquella carta al general Páez, que muchas veces ha corrido impresa en varios papeles públicos⁷, contestación de otra que nunca ha llegado a publicarse.

Este nuevo motivo de interés para el Libertador le obligó a dejar el Perú y a pesar de la afectuosa oposición de todos sus habitantes, y aun del Gobierno, en el mes de septiembre se embarcó en el Callao para Guayaquil, abandonando aquellas playas, que no volvieron a ser holladas por sus plantas durante su vida.

El general Sucre quedó de presidente en Bolivia. El general Córdova con su división de cuartel en varios pueblos de esta república. Tres cuerpos del ejército de Colombia en Arequipa, al mando del general Sandes, a quien se le ordenó que se embarcase con ellos en Quilca y viniese a Lima a ponerse a las órdenes del general Lara, que fue nombrado general jefe del ejército.

El autor dejó aquel país en este mismo tiempo y los acontecimientos que ocurrieron después pertenecen a otra pluma.

FINIS

*

La campaña del Perú está descrita de una manera brillante en las proclamas dirigidas por el Libertador a los pueblos del Perú y al ejército. En 11 de marzo anuncia a los pueblos la campaña por su libertad; en 29 de junio proclama al ejército; en 13 de agosto anuncia la victoria de Junín y en 25 de diciembre promulga la final independencia y libertad del Perú y Bolivia y da las gracias a sus soldados. El arrojado pronóstico del mes de marzo se ve cumplido en el de diciembre. ¡¡Esta es quizás la obra más grande que jamás ejecutó un mortal!!

Publicamos a continuación estas proclamas.

7 Lima, 8 de agosto de 1826.

Proclamas del Libertador

A LOS PERUANOS
SIMÓN BOLÍVAR

Libertador Presidente de Colombia, &.^a, &.^a, &.^a

¡Peruanos! Los desastres del ejército y el conflicto de los partidos parricidas han reducido el Perú al lamentable estado de ocurrir al poder tiránico de un dictador para salvarse. El Congreso Constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad, que no he podido rehusar por no hacer traición a Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la justicia, de la libertad y del interés nacional. Yo hubiera preferido no haber visto jamás el Perú y prefiriera también vuestra pérdida misma al espantoso título de dictador. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar.

Peruanos: vuestros jefes, vuestros internos enemigos han calumniado a Colombia, a sus bravos y a mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra independencia. Ya os declaro a nombre de Colombia y por el sagrado del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos a la victoria; que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa, seréis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados.

¡Peruanos! El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad; ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la dictadura; y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú y dejándoos la libertad.

Cuartel general en Trujillo, a 11 de marzo de 1824.

Simón Bolívar

*

A LOS PERUANOS
SIMÓN BOLÍVAR
Libertador Presidente, &.^a, &.^a, &.^a

¡Peruanos! El ejército libertador, a las órdenes del intrépido y experto general Sucre, ha terminado la guerra del Perú y aun del continente americano, por la más gloriosa victoria de cuantas ha obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así, el ejército ha llenado la promesa que os hice de completar en este año la libertad del Perú.

¡Peruanos! Es tiempo de que os cumpla yo la palabra que os di de arrojar la palma de la dictadura el día mismo en que la victoria decidiese de vuestro destino. El Congreso del Perú será, pues, reunido el 10 de febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al cuerpo legislativo que me honró con su confianza. Esta no ha sido burlada.

¡Peruanos! El Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que le quedaban ocupaban las provincias libres del norte y hacían la guerra al Congreso; la marina no obedecía al Gobierno; el expresidente Riva Agüero, usurpador rebelde y traidor a la vez, combatía a su patria y a sus aliados; los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de sus tropas; y las de Buenos Aires, sublevándose en el Callao contra sus jefes, entregaron aquella plaza a los enemigos. El presidente Torre Tagle, llamando a los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú. La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía; todo estaba disuelto. En estas circunstancias, el Congreso me nombró dictador para salvar las reliquias de su esperanza.

La lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia lo han hecho todo. Las provincias que estaban por la guerra civil reconocieron al Gobierno legítimo y han prestado inmensos servicios a la patria; y las tropas que las defendían se han cubierto de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. Las facciones han desaparecido del ámbito del Perú;

esta capital ha recobrado para siempre su hermosa libertad; la plaza del Callao está sitiada y debe rendirse por capitulación.

¡Peruanos! La paz ha sucedido a la guerra; la unión a la discordia, el orden a la anarquía; y la dicha al infortunio; pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho le debéis todo.

¡Peruanos! El día que se reúna vuestro Congreso será el día de mi gloria; el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición: ¡No mandar más!

Cuartel general libertador en Lima, a 25 de diciembre de 1824.

Simón Bolívar

*

AL EJÉRCITO VENCEDOR DE AYACUCHO
SIMÓN BOLÍVAR
Libertador Presidente, &.^a, &.^a, &.^a

¡Soldados! Habéis dado la Libertad a la América meridional y una cuarta parte del mundo, es el monumento de vuestra gloria. ¿Dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo.

¡Soldados! Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais, el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores; contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

¡Soldados! Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis, antes de volveros a vuestra hermosa patria. ¡Mas no!..., jamás seréis recompensados dignamente; vuestros servicios no tienen precio.

¡Soldados peruanos! Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

Cuartel General Dictatorial en Lima, a 25 de diciembre de 1824.

Simón Bolívar

*

A LOS LIMEÑOS
SIMÓN BOLÍVAR
Libertador Presidente, &^a, &^a, &^a

¡Limeños! Yo me ausento con el mayor dolor de vuestra hermosa capital, para ir a los departamentos del sur a llenar el dulce deber de mejorar la suerte de vuestros hermanos, recientemente incorporados a la República. El gobierno de aquellos pueblos ha sido hasta el día puramente despótico y el de sus leyes propias aún no está completamente organizado; ellos, pues, han menester de la inmediata autoridad suprema para el alivio de sus pasados infortunios.

Limeños: yo voy altamente satisfecho de vosotros, por vuestra absoluta consagración a la causa de vuestra patria. En recompensa, os dejo un Gobierno compuesto de hombres dignos de mandaros y un ejército tan disciplinado como heroico. Nada, pues, debéis ya temer. El reino del crimen ha cesado; leyes justas habéis recibido de vuestros legisladores y a los hombres pródigos he encargado de su ejecución. Vuestro deber queda limitado a gozar tranquilamente del fruto de la sabiduría del Congreso y de vuestros magistrados. Bien necesitáis de un largo reposo para curar vuestras profundas heridas. Yo os deseo este reposo; pero en el suave movimiento de la libertad.

Cuartel General Libertador en Lima, a 10 de abril de 1825.

Simón Bolívar

*

A LOS PERUANOS
SIMÓN BOLÍVAR
Libertador Presidente, &.^a, &.^a, &.^a

¡Peruanos! Colombia me llama, yo obedezco. Siento al partir cuanto os amo, porque no puedo desprenderme de vosotros sin tiernas emociones de dolor. Concebí la osadía de dejaros obligados, mas yo cargo con el honroso peso de vuestra munificencia; desaparecen mis débiles servicios delante de los monumentos que la generosidad del Perú me ha consagrado y hasta sus recuerdos irán a perderse en la inmensidad de vuestra gratitud. Me habéis vencido.

No me aparto de vosotros; os queda mi amor, en el presidente y Consejo de Gobierno, dignos depositarios de la autoridad suprema; mi confianza, en los magistrados que os rigen; mis íntimos pensamientos políticos, en el proyecto de Constitución; y la custodia de vuestra independencia en los vencedores de Ayacucho. Los legisladores derramarán el año próximo todos los bienes de la libertad por la sabiduría de sus leyes. Solo un mal debéis temer, os ofrezco el remedio. Conservad el espanto que os infunde la tremenda anarquía. ¡Terror tan generoso será vuestra salud!

¡Peruanos! Tenéis mil derechos a mi corazón; os lo dejo para siempre. Vuestros bienes y vuestros males serán los míos; una nuestra suerte.

Lima, 3 de septiembre de 1826, año 17.º de la independencia.

Simón Bolívar



Colección Bicentenario de Ayacucho

© Ministerio del Poder Popular para la Cultura

© Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario

© Centro de Estudios Simón Bolívar

ISBN: 978-980-14-5672-8

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito legal: DC2024002222

Campaña del Perú
digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, República Bolivariana de Venezuela,
diciembre de 2024

CAMPAÑA DEL PERÚ

Crónica de los hechos vividos en primera persona por el autor, *Campaña del Perú* relata de manera minuciosa la guerra de Independencia de la nación del sur, desde la llegada del Libertador a tierras incas. Este extraordinario ejercicio de memoria comprende desde las proezas tácticas hasta los detalles cotidianos, pasando por las apreciaciones de quien fuera testigo de excepción de los hechos históricos fundacionales de nuestra identidad latinoamericana.

MANUEL ANTONIO LÓPEZ
(POPAYÁN, 1803 - BOGOTÁ, 1891)

Militar, escritor y periodista. Nace en el antiguo Virreinato de Nueva Granada. A temprana edad se alista en el Ejército Libertador (1818-1819). Participa en las campañas del sur, siendo abanderado del Batallón Paya, en Pichincha; y, posteriormente, ayudante del Estado Mayor General, fungiendo como asistente y escribano del Libertador y del Mariscal Sucre. Con el grado de capitán participa en la batalla de Ayacucho. Entre los años 1828 y 1849 reside en Venezuela, donde se dedicará al ejercicio de algunos cargos públicos y corresponsal del periódico *El Venezolano*.